

SETECI
ENTOS
MONOS

15372
20TH2
20H01

3-4



Roberto F. Giusti

ntón - dalmiro saénz-
colás rosa - carmeli-
na de caste-
llanos - tim
teatro - diccio-
nario biográ-
fico - repor-

ie a abelardo castillo.



1964

1964

~~Hayden~~
~~Diavolus~~
~~Dono 1210~~
~~Dono 1210~~
~~Dono 1210~~

SETECI ENTOS MONOS

revista literaria

con anteojos

riccheri 888
t. e. 394136/87983
rosario

año 1 n° 3-4

reg. de la prop. intelectual: N° 829.011.

\$ 50



en este número los monos están muy contentos

carlos schork / juan carlos marini — directores —
omar pérez cantón — estructuración y dibujos —
salvador gatto / rubén radeff — secretarios —
rené bazet / pablo glikman / gustavo saccone /
enrique zárate — colaboradores inmediatos —
carmelina de castellanos / ada dcenato / jorge riestra /
nicolás rosa — colaboradores permanentes —
en buenos aires: maría goldín / carril 962 - 1° B - colaboradora y corresponsal —

la redacción no se identifica con las opiniones de los autores



Cuando en abril de este año dijimos que sí, que sacábamos la Revista pasara lo que pasara, no teníamos exactamente una idea de qué era lo que podía pasar. Y SETECIENTOSMONOS entró en Rosario, con todos sus errores (sus enormes errores, y lo decimos en serio) y con un entusiasmo que nos desbordaba.

Pero las revistas (y sobre todo las de este tipo) se van haciendo sobre la marcha. Hoy, ante la necesidad de justificar de alguna manera un primer número que nos enorgullece (porque en ese momento era necesario salir en forma inmediata, o no se salía nunca) pero también en cierto modo, poco representativo de nuestras aspiraciones, y falto de calidad en algunos casos, nos abrazamos a esas palabras (las revistas se van haciendo sobre la marcha), las hacemos nuestras y las damos como una de las experiencias más sensibles de nuestro recorrido.

El segundo número nos convence más, es más nuestro, más auténtico creemos. Y también algo más cercano a lo que pretendemos realmente.

Hoy, abordamos una especie de tercera etapa que se presenta difícil, incierta por momentos. Pero hay cosas que valen por sí mismas y cuando hojeamos las páginas de los tres números, esa superación necesaria, continua y progresiva, de la que hablábamos, se nos presenta como realidad concreta y nos conforma. Nos pone en marcha el motorcito, nos empuja, y nos mete ganas de seguir haciendo lo que hacemos, así, sinceramente, y nos jugamos con confianza.

Por todo esto, y porque creemos profundamente, que la juventud tiene una enormidad de cosas por hacer y mejorar, porque creemos que existe una conciencia generalizada de que hay todo un largo trabajo por efectuar y de que ese trabajo tiene que ser realizado con honestidad; porque nos gusta el hombre logrado, la idea de superación, porque aspiramos a un montón de cosas, por todo esto, decíamos, nos gusta SETECIENTOSMONOS, idea concreta, cosa tangible, verdad materializada. Y por todo esto, también, hacemos la revista: para nuclear a la gente que escribe, para promocionarla, para que se sepa quienes son los que tienen algo que decir y cómo lo dicen. Para que se sepa que existe toda una realidad imaginada de hombres jóvenes que no tienen compromisos con la aparición de su nombre publicado, sino con el hombre como ser humano, con el hombre y sus problemas, con el hombre y la realidad.

Noviembre 1964

sumario

CARTA DE LA DIRECCION

nota editorial

CABECITA NEGRA

de germán rozenmacher / por nicolás rosa

TEATRO

un espectáculo fuera de actualidad / por tim teatro

CINE

louis malle y dos films / por carlos mathus

POESIA

el retorno - historia de ciudad / por marta goldin

la jornada / por josé carlos gallardo

detrás de ustedes estaba / por beatriz pozzoli

subdesarrollo / por humberto costantini

LO QUE PASO ENTRE EL ESCARABAJO Y LOS MONOS

reportaje a abelardo castillo

CUENTOS

todo esto / por juan carlos martini

palabra entera / por rodolfo quebleen

el hijo / por carlos schork

los castigos de homero / por omar perez cantón

BIBLIOGRAFICAS

silvina bullrich: los burgueses / por carmolina de castellanos

BEST SELLERS

a cargo de rubén radeff

LIBROS - REVISTAS - NOTAS

a cargo de salvador getto

DICCIONARIO BIOGRAFICO

de la literatura argentina / documento inédito

NOVELA

dalmiro sáenz: el pecado necesario / capítulo

JEAN PAUL SARTRE

premio nóbel 1964 / por nicolás rosa

ÚLTIMA HOJA

che / comentario.

los cuentos premiados fueron ilustrados por MELE BRUNIARD

CABECITA NEGRA DE GERMAN ROZENMACHER

por nicolás rosa

Las actuales generaciones argentinas viven un momento de reflexión. Fenómeno tan importante como la época peronista es una suerte de barrera que impide toda conexión con el pasado. Se trata, ahora, de comprender. Este momento reflexivo, de detención que pronostica avance, es propio de aquellos ámbitos que han sufrido profundas fracturas en su colocación histórica. Aún hoy, los italianos viven esforzándose dolorosamente por interpretar la época fascista. Numerosas biografías de Mussolini han aparecido coincidentemente con la "Biografía de un dictador" de Roberto Rossellini.

El análisis del fenómeno peronista ha sido realizado por políticos, la mayor parte de las veces sin ninguna lucidez y siempre muy interesadamente, explicado por sociólogos y valorado por economistas. La literatura, la preocupada literatura argentina contemporánea, se ha abocado necesariamente a explicarse a sí misma a través de su pasado inmediato. Era la única salida. Queremos ver lo que hemos sido para poder imaginar como hemos de ser. Por otra parte la década peronista por su sólida presencia, por la multiplicidad de aspectos que abarcó sin dejar

rincón del país sin manifestar ni estrato social sin conmover, se impone a todos los hombres del país. Nada veremos más allá hasta que no hayamos visto muy en lo hondo que significó esa tremenda revolución de diez años que sacó a luz todas nuestras lacras y nuestros pecados de siempre. Ya nadie duda de la responsabilidad multitudinaria que nos cabe a todos. Estamos todos inmersos en esa ominosa relación que frecuentemente establecen víctima y victimario y donde la culpa se diluye en una pegajosa complicidad. Si los primeros años des-

pués del 55 dividieron al país en réprobos y elegidos, fue nada más que la culminación de la torpeza inicial. Si los años posteriores quisieron borrar todas las diferencias, fue nada más que la ceguera imbecil. La época peronista, en una nueva atmósfera, se ha prolongado hasta hoy tan concluyentemente que de esta no aceptación provienen, tal vez, todos nuestros males. Nuestra literatura actual ha puesto en vigencia la problematización del fenómeno con más energía que ninguna otra fuerza del país. La política escamotea la realidad; la economía la circunscribe; la sociología termina por esquematizarla. La literatura, por lo menos ese ha sido el intento de algunos, ha querido ir a las causas más profundas, a la motivación interna del suceso para explicarlo como lo que en realidad es: una realidad humana total. Quiebra de una economía colonialista, de la tenencia del poder en grupos minoritarios; vulcanización de las fuerzas morales del país, modificación de la estructura social de grupos tradicionales todavía en vigencia, disloque de esquemas políticos caducos, predominio de las formaciones masivas frente a los núcleos primarios, todo ésto y mucho más significa el advenimiento del peronismo. Todas las conexiones que puedan establecerse con los fenómenos europeos similares deben realizarse con cautela. Las condiciones sociales y humanas en que se produjo la irrupción del peronismo en el país tienen síntomas muy particulares y la caracterología de las condiciones ambientales y psicológicas, aún sentimentales, que produjo, son de una extrema singularidad solo reducible a fenómenos sociales latinoamericanos y no en todos los casos. Uno de los problemas más importantes se plantea alrededor de la conformación social de las masas que pasaron a in-

tegrar el movimiento. Las modificaciones de estructuras económicas explican claramente los pasajes de toda una población sumergida al espacio vital de la realidad. Los subsecuentes cambios sociales han sido abundantemente estudiados. Pero en estos estudios ha sido dejada de lado, o revisada muy tangencialmente, la explicación sobre la modificación de las estructuras psicológicas y sobre las pautas de conducta de esta nueva especie que se integraba violentamente. La masa proletaria bonaerense, en parte politizada y con cierto aprendizaje sindical, fue absorbida por un proletariado campesino más numeroso que se allegaba a la gran urbe atraído vorazmente por el veloz proceso de industrialización. Este nuevo elemento, atravesando todas las penurias, consiguió estabilizarse psicológicamente sobre la base de un encuentro consigo mismo. Obligado a tomar conciencia de clase pudo subvenir, con medios precarios por cierto, a clarificarse espontáneamente. Unidad de intereses, familia estructurada sobre nuevas bases, cierta estabilidad económica, más aparente que real, y una definición de lucha le dieron una sólida presencia. Pero a su lado apareció una nueva calidad de gente, del campo también pero no campesina, de marcada filiación étnica, sin pasado estable, oscura y amorfa en su presente, que absorbió toda la maquinaria sentimental armada por el régimen: el cabecita negra. Bien es cierto que todo el instrumental emocional construido hábilmente precisó sus funciones sobre toda la masa, pero, entiendo que es un error llamar cabecita negra a todo el proletariado peronista. Los "cabecitas negras" provenían de una realidad social y psicológica distinta y terminaron por ser los desheredados de Perón. Sobre ellos cayó todo el aprobio y la vergüenza

del régimen y fueron ellos los que precipitaron esa extraña mezcla de vejamen y humillación, de amor y sordida venganza, que irradió los aspectos más alucinantes del peronismo. Del interior llegaron como muchos otros, pero no constituyeron familias estables; fueron presa de las villas miserias, su tez oscura los proclamaba hijos de la raza, habitantes del rancho. No llegaron casi nunca a proletarizarse y desempeñaron los empleos más bajos y disolventes: lustrabotas, mozos de café, el "sirvientaje", (el elemento "puloil" como se decía en Rosario con un gracejo miserable y cínico). Pasaron a formar parte de un subproletariado ambiguo e impreciso. Descolocados ellos mismos por el desarraigo y la incompreensión, terminaron en la vagancia, el pillaje y la prostitución. Psicológicamente desarmados fueron la fácil presa de la simbología sentimental de la Dama de la Esperanza. Tal vez ellos, sólo ellos, fueron los únicos sacrificados, los verdaderos ignorados. La gran masa se irguió y siguió adelante. Un obrero en huelga, por ineficaz que sea su conducta, es siempre un ser humano rescatado, es un hombre que se ha puesto de pie. Los "cabecitas negras" formaron una población flotante e insegura que sucumbió deslustrada al lujo de Eva Perón y al ademán cordial de la compañera Evita. Oficiaron, en monstruosa confabulación, en ese vergonzoso ritual de las exequias, de los altares en las barriadas, del retrato escondido entre los senos, al mismo tiempo que practicaban la mendicidad y la ratería sin lograr establecer una relación reveladora que los salvara de tanto escarnio y tanta vergüenza complicados. Borges, ascético del sentimiento, supo captar, genial y fríamente, en una pequeña prosa todo lo que de mezquina hechicería se mezcló en esta

irrescatable subversión de los sentimientos humanos.

Los escritores argentinos han visto el problema desde distintos ángulos, con distinta profundidad y dispar logro: Sábato, Viñas, Gálvez, Beatriz Guido, Elvira Orphée y algunos otros. Más recientemente la aparición de "Cabecita Negra" de Germán Rozenmacher pone nuevamente en vigencia la misma y recurrente problemática.

Sobre casi todos los jóvenes cuentistas argentinos, y en grado menos preciso los novelistas, planea una sombra importante, la de Faulkner. Sería interesante estudiar a fondo en qué consiste, fuera de una natural admiración y conciente pupilaje, esta oscura relación que nuestros narradores consienten mantener con el mundo faulkneriano. Más allá de técnicas o de atmósferas, no sería descabellado suponer, cautelosamente, alguna elemental consubstanciación de mundos igualmente primitivos que intentan sobrepasarse por similares alegorías. Recuerdo en este momento "La Culpa" de Solero, (por otra parte traductor de muchas de las novelas de Faulkner). En Daniel Giribaldi, en Abelardo Castillo, como en Germán Rozenmacher, todos cuentistas, la influencia es marcadamente visible. "Cabecita Negra" reúne seis cuentos. Germán Rozenmacher se aproxima a la literatura con el ejercicio de una pluma sagaz y una visión segura del mundo que pretende expresar. Al margen de toda influencia, su obra transparente una originalidad tangible, mezclada a una particular sensibilidad íntima y una grave y dura preocupación por todo lo que lo rodea.

El cuento "Cabecita Negra" alcanza, con intensa madurez, en una exacta concordancia de "atmósfera" y de "experiencia", valorar todo un dramático esquema social a través de un

hecho particular y único. La marca que crece insultando, atropellando, vejando, inscribiendo leyendas soeces en los baños prostibularios, golpeando a la casa del enemigo, y la contracara de humillación, de vejamen anterior, de incomprensión, de rencor sólido pero sin dirección, de angustia primitiva, que significó el avance de esa masa socialmente amorfa, está fundida en el breve tiempo de un cuento con una habilidad extraordinaria. Esta habilidad proviene más que de un sabio manejo técnico de los elementos narrativos, de una madurada ponderación de los elementos emocionales. De ahí que el cuento termine por ser, más que un estudio sociológico, un testimonio cabal y profundo de la estructura mental y del comportamiento del cabecita negra. Poder concretar estéticamente fenómeno tan complejo prueba una vez más que la literatura social no implica necesariamente renegar de los valores estéticos. El cuento se desarrolla sencilla y coherentemente. Lo preside una objetividad dolorosa uno de sus mejores logros. Pero esta objetividad narrativa está engastada en un juego muy profundo que da movimiento al relato. Poco importa determinar si el logro se debe a actitudes deliberadas o no de parte de Rozenmacher. Allí está. El lector lo siente. El cuento tiene una movilidad interior conseguida por un primer movimiento de dura objetividad narrativa (tercera persona impersonal: eran..., ese insomnio..., un silencio..., dirían..., etc.) que aleja al lector y le muestra la crudeza del cuadro. Este primer movimiento se ve comprometido, en forma paralela no sucesiva, por la rotundidad del dolor de la cabecita negra, que nos acerca a su grito. Nos sentimos a su lado dentro y violentamente nos vemos sumergidos en la vorágine del huracán

Golpes, humillación, vejámenes, insulto. Una precisa confusión, porque todo no fue sino éso, un desorden, un pavoroso caos. La pobre cabecita negra prostituida es una cara de la moneda. La otra, la muestra el agente de policía, el tape, otro cabecita negra, que así terminaban casi siempre, encerrados o encerrando, prepotencia, mangoneo, rencor y debajo y muy adentro, miedo. Frente a ellos el Sr. Lanari; clase media, tantos años, dignidad más casita de campo, respetabilidad más pisito horizontal, seguridad más el doctorearse del chico, espectralidad más Renault a la puerta. Bien clase media. De esos que no odian sinceramente a nadie pero que saben copiar muy bien el odio de los demás, de esos que ni siquiera poseen el último heroísmo de lo que se va. Muy clase media, más bien para abajo, pero que recurre, por miedo, a la solución de los grandes: "Tenemos la policía, el ejército..." Hasta su propio miedo es clase media, un pobre miedo chato y diluido. Ella, el policía y él, están envueltos en la sorda confusión. Las pocas palabras de Rozenmacher alcanzan a decirlo todo y con los matices necesarios para darle realidad vital. El conflicto adviene como precisamente llegó todo éso. Se instala como una tremenda ola que sacude y se retira tan bruscamente como vino. En la seguridad premonitória y nocturna del Sr. Lanari, de pronto, el escándalo, la subversión, el disloque se instalarán para quebrarla. Un grito, de esos gritos animales que suelen proférer los hombres y a los que llamamos comunmente aullidos pero que siguen poseyendo siempre una última y pequeña calidad humana, la necesaria para atravesarnos violentamente por ese mismo comprender que el grito de bestia no es tal sino un grito de hombre ahogado en el último reducto de

su animalidad, lo cambiará todo. El grito reventó en el orden, dice Rozenmacher. Un grito anterior a las palabras, dice Rozenmacher. Y dice contundentemente y con economía de recursos. El suyo es un cuento profundamente dramático tanto por su dinamismo interior como por el "tempo" convulsivo en que se desarrolla el avasallamiento. Para hacer más flagrante el desorden todavía está el equívoco. Todo ese descontrol desatado contra el Sr. Lanari no tiene verdadero sentido. El Sr. Lanari no es culpable de nada. Es un "respetable", un ciudadano pacífico. Aquí el escarnio se vuelve patético por su misma gratuidad pero al mismo tiempo surge la evidencia palpable. Nadie es personalmente culpable pero todos somos culpables. Aumenta la temperatura a un grado máximo el hecho de que la humillación y el vejamen estén calculados justos y arteramente dirigidos a lo físico: la violación del domicilio, el voseo insultante, el puñetazo, la fuerza y el desplante del "negraje". De pronto toda esa alevosía se retira y Lanari, el clase media, presiente oscuramente, no ya por la fuerza del hombre sino por la fuerza de la historia, que esa humillación sin objeto, desatada por el resentimiento y la miseria, tiene un sentido y que ya nada volverá a ser como antes.

De la capacidad narrativa de Rozenmacher dan muestra todos los cuentos de este volumen, en especial Los Pájaros Salvajes. Nos interesó vivamente Cabecita Negra por su urgente temática. Pero todos sus personajes, metidos hasta la cabeza en situaciones límites, individuos en quienes la esperanza ha tocado fondo, vibran, sin embargo, con ternura viril y cierta, es decir con un sentimiento que puede dar sentido a una vida.

la jornada

josé carlos gallardo

Después de tantos altos
en el camino,
la mesa es mi caída.

Me quito
los zapatos y escucho
un tango. Pido
un café, el cenicero.

Escucho un limpio
ruido de vasos frescos,
y miro
cómo la gente lleva
su vida en el bolsillo.

Después de un rato,
escribo.
Se me pasa a la mano
el coágulo en que vivo.

Más tarde, voy a casa.
Fumo, recuerdo, fumo
el humo del olvido.
Duermo, por fin, mi día.
Después, respiro.



UN ESPECTACULO FUERA DE ACTUALIDAD

por tim teatro

El teatro, en un sentido amplio, es el espectáculo por excelencia. A diferencia de otras artes, (citemos por ejemplo la pintura, la escultura, la literatura, el cine o la música misma), su expresión, su realización, es fugaz, limitada en el tiempo.

Comparado con otras expresiones, y en este caso totalmente escénicas (la danza, la pantomima, la ópera), el teatro utiliza elementos expresivos absolutamente comunes al hombre: la voz, el movimiento. Es por así llamarlo el espectáculo del hombre mismo, lo que dice y hace el actor llega al espectador en ese mismo instante. Se comparte un momento, que es imposible ser compartido por otros espectadores, en otro lugar, al mismo tiempo.

Ahora bien, el teatro, en un sentido más restringido, pero mucho más real, es el espectáculo que por excelencia más se presta a una crítica colectiva, más espectadores pierde cada día y menos perspectivas presenta a generaciones futuras.

Hasta ahora nos hemos referido, indudablemente, al teatro en un sentido tradicional, un teatro que ha ido degenerando su esencia según el gusto del público, que ha buscado el aplauso más que la comunicación, que ha perdido su variedad. A un teatro que se ha repetido hasta el agotamiento en sus ideas, en sus formas, en sus convenciones.

Es indudable, que la carencia de una constante renovación en el uso de sus medios expresivos ha hecho de este teatro una cosa ajada, le ha establecido moldes, tipos, maquetas que se repiten con más o menos suerte en todas las puestas en escena. Esto a su vez ha traído como lógica consecuencia un acostumbramiento por parte del espectador, ha establecido un "gusto" en el público, le ha hecho concebir una idea del concepto

de teatro que es sin lugar a dudas totalmente errónea. Este acostumbramiento a las convenciones teatrales, este fijarle una concepción parcial, solo lo condujo al estaticismo, a la involución del hecho teatral, lo ha definido en la historia como una cosa dada, susceptible solamente de repetirlo en el mejor de los casos, de mejorar. Y he aquí el error, el fundamental equívoco que, aunque parezca paradójico, está fomentado en forma común por el público y, lo que es peor aún, por el artista.

Es difícil determinar el momento histórico en el cual podamos presenciar que se efectúa en el hombre la primera expresión de uno u otro arte, pero sí podemos afirmar que desde ese momento, esa primitiva expresión comenzó a desarrollar una dinámica que le es propia, y que cuando empezó a adolecer de ella, inicia su inevitable decadencia, tiende a desaparecer.

Esta generalidad, analizada desde el punto de vista del teatro, se acentúa increíblemente. Es fácil explicarnos el porqué. Estamos analizando aquí, la manifestación más objetiva del arte. Baste tan solo pensar que el material plástico del que se vale es el hombre, la figura del actor; sus aptitudes, están directamente dadas al espectador, vemos y oímos un producto humano expuesto por el hombre mismo. Es por esto tal vez, que como decíamos al principio, el espectador analiza críticamente el espectáculo, juzga al actor juzgándose a través de sus propias aptitudes, juzga la idea expresada a través de sus propias vivencias. Se suele decir entonces, que el espectador se identifica. Con qué? Con el argumento, con algún personaje. Sin lugar a dudas esta identificación carece de validez objetiva. Nos interesa la identificación del espectador con la totalidad del espectáculo, no con las cosas que le son circunstancialmente comunes.

Decíamos asimismo que cada día se alejan de él más espectadores. Entendemos al hombre en una constante evolución; poco puede interesarle entonces un arte detenido, una serie de convenciones repetidas.

Finalmente, con respecto a las perspectivas futuras que nos presenta, ciertamente éstas están condicionadas a que el teatro despierte de su letargo. No es el público quien lo hará reaccionar, porque está igualmente adormecido. Es al artista, al creador, a quien cabe este inmediato objetivo.

Estamos entonces aquí frente a un punto de partida para establecer algunas de las mínimas condiciones para la realización de un teatro actual, para la plasmación de un arte acorde al momento vigente.

Por un lado la renovación total por parte del hombre de teatro que le permita devolver a éste la dinámica de que carece. Por otro, la búsqueda de un lenguaje que por su actualidad interese, sin convencionalismos previos y sin reglas preestablecidas. Por último, el logro de una síntesis y equilibrio tal del espectáculo, que lleve al espectador a una identificación total, y no parcial o subjetiva, de lo realizado sobre el escenario.

Analicemos entonces los factores necesarios para el logro de estas condiciones.

El teatro actual debe tender a la revalorización de uno de sus principales objetivos: la educación integral de sus componentes, tanto en el aspecto cultural como el técnico.

Es interesante acotar el punto de vista del director americano Elia Kazan cuando se lo interroga sobre las condiciones necesarias para desempeñar la dirección teatral. "Ud. debe conocer todo", responde y luego detalla, tratando de precisar el significado de su respuesta: "Se debe conocer acerca de la construcción dramática, acerca de los por menores de la preparación del actor, se debe saber cómo se realiza un vestuario. Conocer sobre la construcción del decorado. Tener conocimientos en color y en armonía. Sobre iluminación, sobre la realización de un maquillaje. Se debe conocer la Historia, y la sociología y

la historia de la cultura. Todo: la acentuación, el ritmo, la acción, la composición, las cualidades abstractas del arte del teatro. La música: sus variedades y su vocabulario, su estructura y sus posibilidades. Conocer el canto, la literatura, la escultura, la pintura, la psicología. No temer delante de un bailarín, precisamente por saber de baile. Hacer suyos los problemas de los técnicos. Luego, al hablar, tener siempre la razón. Dar rápidamente las soluciones que de uno se esperan, dar la solución a todo. Ser fuente de todo saber. Tener intuición, sensibilidad y por sobre todo carácter. Además se debe tener talento y también se debe tener algo que decir".

Y bien, pensamos que no sólo es necesario que el director teatral posea estas cualidades, sino que es imprescindible que todo hombre de teatro las posea. Por lo menos todo aquél que sienta la responsabilidad de realizar teatro.

Pensamos además que ya no sólo cabe al director la misión de indicar la realización de un texto literario, sino que debe dar una ordenación a los diferentes elementos jugados en una representación, crearlos o darle la unidad necesaria si no le son propios, componer las imágenes, darles una sucesión, más claramente: un montaje. Unificar el estilo, determinar el ritmo de las escenas y dentro de cada una de ellas, la composición de imágenes, originar, realizar y pulir la conjunción de los elementos en juego: el actor, su voz y movimiento, la música, el espacio creado por la escenografía, la luz, la composición de planos objetivos y espaciales, el predominio de un elemento sobre otro, y varios otros factores, le darán una resultante que él debe prever y utilizar en el sentido total de la obra, conociendo de antemano el resultado que cada cosa dejará en el espectador, su reacción.

Por otra parte, es necesario devolver al texto su lugar exacto: el de un elemento más del montaje. El teatro no es la descripción de una idea sino la exposición de la misma.

Creemos que si todo esto ocurre, habremos dado el primer paso hacia la realización de un teatro actual.

concurso de cuentos "amigos del arte"

El jurado integrado por Aurora Bogú, Eugenio Castelli y Jorge Riestra, designado para dictaminar en el concurso de cuentos organizado por la asociación "Amigos del Arte" con el auspicio económico del Fondo Nacional de las Artes, dictaminó de la siguiente manera:

Primer premio: "Todo esto" cuento de Juan Carlos Martini (Venustus 019), por la perfecta estructuración general del cuento, concebido dentro de una técnica hábilmente asimilada, en que la ruptura del tiempo cronológico y la distinta perspectiva obtenida mediante el cambio de persona narrativa o personaje-testigo están en función de la creación del clima y desenlace, así como de una más honda indagación psicológica,

que presta fuerza al conflicto que sirve de base argumental.

Segundo premio: "Palabra entera" cuento de Rodolfo C. Quebleen (Carlos Forque), rigurosamente construido dentro de una manera narrativa, lógica y de coherente desarrollo, hábil manejo del material ambiental y exacta ubicación de tipos y medios, conducente a un indudable mensaje social.

Se establecieron cuatro menciones de igual mérito a los cuentos "El hijo", de Carlos Schork (El Político), "Dios siempre tiene tiempo", de Velmiro Ayala Gauna (Orlando Jocosó), "La carneada", de Guillermo Rodríguez (Lucius), y "La mosca", de J. Rodríguez (Triple duda).



LOUIS MALLE Y DOS FILMS

por carlos mathus

A través de la obra de Louis Malle podemos encontrar como constante notoria, su interés por el espíritu femenino. En efecto, "Ascensor para el Cadalso" hubiera sido sólo un intrascendente film de trama policial de no estar incluido en forma destacada el personaje que Jeanne Moreau protagonizara. Cálido, vibrante, contrastaba grandemente con los demás, simples maquetas.

En "Los amantes" el caso se repite. No se trata de "los amantes" sino de "la amante", ya que es otra vez la Moreau el único personaje bien trazado. A causa de la actriz? No. Porque en su film siguiente (no conocemos "Zazie dans la Metro") es Brigitte Bardot quien centra el asunto a pesar de que Malle declara haber intentado describir el fenómeno psico-social del mito cinematográfico.

Hasta este momento, la creación de este director deja mucho que desear. El mayor interés lo ofrece "Los amantes", una obra mediocre quizá demasiado pretenciosa, alejada de la realidad y bastante cursi. Cinematográficamente carece de unidad: la famosa secuencia del encuentro nocturno es un film dentro de otro, tratado incluso de manera diferente. En la primera parte, un fatigoso "off" explica todo lo que debiera verse, luego una serie de escenas bastante aburridas nos enteran del argumento, y por fin, la escena de amor, gratuita, confusa (más todavía en la versión sin cortes), apoyada por acaramelada música de Brahms y una fotografía de postal de fin de siglo.

Pero es rescatable la penetración y sagacidad de Malle en describir ciertos detalles del alma femenina, como la nerviosidad histérica o la tentación de risa de la Moreau, o la conversación con la amiga mientras ésta hace gimnasia. Y aquí se da la constante que mencionamos porque en "Vidas privadas", un film de guión deshilvanado y pésimo montaje, sólo llama la atención el cariño y la comprensión con que está trabajado el personaje en el cual la Bardot se encarna a sí misma.

Puede ser casualidad, pero luego aparece "Fuego fatuo". Aquí Malle se halla en la planitud de

sus posibilidades. No hay en toda la extensión del film un detalle en falso. Encuadre, montaje, ritmo, fotografía y banda sonora son de una belleza sorprendente. No están presentes ninguna de las fallas comunes a este realizador, ya que un lenguaje fluido, un calor en profundidad no visto en sus obras anteriores, logra una calidez y comunicación pocas veces logradas en cine. Cada uno de los elementos que usa entran en juego sólo funcionalmente: la música (excelente Erik Satie) no es un fondo, sino un valor dramático; el diálogo existe sólo cuando aporta a la imagen cosas que ésta no podría dar a conocer. Formalmente "Fuego fatuo" es un hallazgo. Pero con un grave error de fondo. El protagonista (brillante y conmovedora interpretación de Maurice Ronet), aunque esté corporizado por un hombre, es otra vez el eterno femenino en el que Malle bucea siempre. Su debilidad, indecisión, terror a la vejez y sobre todo, su arbitrariedad, hacen falta la esencia de una mujer, pero no son características viriles. Un hombre se suicida por una pavadá. Nunca porque está solo, nunca porque la existencia le parece inútil. Un hombre se pega un tiro en la cabeza, no en el corazón. Son detalles, sí, pero dejan de serlo cuando a través de toda la película se nota un cierto regodeamiento en las formas, en la escenografía plena de sugerencias mórbidas, en las sutilezas de diálogo, en la sensualidad de una cámara minuciosa. Y en todo se evidencia el amor con que Malle trabaja en un tema que le es caro.

Pero, porqué ubicar, o mejor dicho, desubicar el personaje central? Porque sería lógico si se intentase narrar un caso particular. Pero la intención es evidentemente dar una visión amplia de un caso que se supone, en mayor o en menor grado, general.

Malle declara que, a través de los sentimientos tradicionales, intenta un panorama del mundo actual. Debí decir a través de sus obsesiones particulares. Y para la realización de una obra de arte no sólo es necesario amor y calidez humana, sino también, y en mayor grado, madurez.

detrás de usted estaba

a liliana y manuel

por beatriz pozzolli

yo ví a ese hombre,
lo presenté cansado
solitario y sediento
revolucionario en el pan
diente del vino doloroso,
combatiendo en el hijo que nace
en los titulares de los diarios,
armándose en fusiles
por cada primavera
que negaba los pájaros y el pino.

revolucionario taciturno
del café de la esquina.

lo ví en la fábrica
pedaleando el engranaje
de un mensual que no alcanza,
entre ventanas iluminadas por el sol
que durante ocho horas es ajeno.
lo ví entre "camarada" y "compañero",
allá en los sindicatos
y en su sillón de tiempo
acunando ilusiones hogareñas.

revolucionario taciturno
de la casa de verjas

yo ví a ese hombre
escribiendo poemas
en la noche de la igualdad
pintando óleos con grasas de poleas,
con la música metida entre las uñas
al compás de himnos de miseria
hace dos tardes eternas lo mataron.
saliendo de la fábrica
—con panfletos dijeron—

revolucionario taciturno
fabricante de sueños.

subdesarrollo

humberto costantini

I

Trabajo, sí señor,
no me caliento mucho,
voy tirando.
Después hago lo mío,
cuando puedo,
eso es todo.
Yo sé que usted también,
no le discuto,
pero es un poco triste,
no es verdad?
este juego
de ajedrez boticario sobremesa,
uno quisiera, no?
uno quisiera...

II

...uno quisiera estar,
amar la tierra,
plantarse con narices, espesuras,
darle un sí formidable a cada cosa,
ponerse en grito, en piel,
en su manera,
saber que está en su pan
y no lo toquen,
andar con su embarazo
y tan campante,
tan señor de la vida
y tan don nadie.
Usted es contador, electricista,
bioquímico, albañil, juez de instrucción?
Yo estoy en esto,
dándome de cabeza en el asombro.
Viera como lo sé, mi amigo,
viera cómo
lo acompaño a vivir
a cuento y cuento,
Viera cómo me duele
su truncada esperanza,
como le canto cuatro frescas a la muerte
noche a noche,
y apelo,
y le hago juicio,
y la protesto

III

Uno quisiera, en fin,
uno quisiera...
Deje, el café está pago,
usted se queda?
Yo mañana madrugo,
buenas noches.



lo que pasó entre el escarabajo y los monos



reportaje a
abelardo castillo

Pregunta: ¿Considerás que el escritor **debe** vivir de la literatura?

Abelardo Castillo: Por supuesto que sí.

P.: ¿Ahora, **puede** en la actualidad vivir en forma cómoda?

A. C.: Bueno, creo que hay dos problemas. Yo opino que sí, que **debe** vivir de la literatura, del mismo modo que cualquier hombre que trabaja debe vivir de su trabajo, pero en las condiciones actuales de nuestra sociedad es absolutamente imposible y casi grotesco pensar que un escritor pueda vivir de su literatura. En el país no debe haber más que uno o dos escritores que pueden vivir de su literatura. Y hay hombres que ~~escriben~~, que viven de lo que escriben, pero que ni siquiera son escritores. Es mucho más fácil que viva un autor de radioteatro de lo que hace, que viva un escritor de lo que escribe. Esto ha pasado de algún modo en todos los tiempos.

P.: ¿No será que hay una falta de reconocimiento de las editoriales hacia la actividad creadora?

A. C.: Creo que el problema es mucho más profundo, es decir: un problema de la sociedad entera. En nuestro país ¿quién vive de su trabajo, realmente? Es decir, a qué hombre que trabaja honradamente le alcanza para vivir? Un hombre que hace libros, en este país, no vive de sus libros. Y por supuesto, menos los grandes escritores. El escritor vá a vivir de su literatura únicamente, cuando a través de un vuelco total de la sociedad, se jerarquicen todos los oficios humanos, cosa que ahora no ocurre.

P.: Hace algunos años ¿había un mayor reconocimiento al artista, en el sentido económico?

A. C.: No sé si en el sentido económico. En el otro sentido, sí. Hace muchos años, cuando vino Rubén Darío, por ejemplo, fue todo un acontecimiento, y cuando Florencio Sánchez perdió innoblemente un concurso de teatro, lo llevaron en andas en plena calle Corrientes. No sé exactamente qué año sería, pero hará unos 30. Es decir, antes había un reconocimiento mayor, porque había también muchos menos medios de competencia con la literatura. No porque el público se haya deshumanizado por haber perdido sensibilidad, en la medida en que eso sea un hecho que se le puede culpar, sino que han incidido sobre él una cantidad de factores que lo han hecho alejarse de la literatura por una especie de competencia desleal que ahora tiene el arte, que son la televisión, las revistas, el mal periodismo, el mal cine, que han ido de algún modo, rompiendo y quebrando el sentido estético del público medio.

P.: Bueno, incluso puede ser culpa de muchos escritores, que con el afán de comercializarse han buscado el medio más fácil de llegar al público.

A. C.: Yo no los llamaría escritores. Yo creo que un escritor que se comercializa, ya no es un escritor, sino que es un comerciante. El escritor puede prescindir de muchos de los valores que

hacen a la moral cotidiana de las buenas gentes. Pero, en cuanto empieza a corromper su literatura, se ha corrompido del todo, porque corrompe lo único que tiene para justificarse como ser humano. Por eso, no creo que sea culpa de los escritores que se comercializan, sino que es culpa de unos sinvergüenzas que además saben escribir.

P.: ¿Qué pensás de la poesía argentina actual?

A. C.: El problema de la poesía es muy complicado y digno de un estudio que tendría que hacer otro. Creo que hay poetas, algunos, muy valiosos, pero existe una innumerable cantidad de hombres que hacen versos... Creo que no es lo suficientemente grande como para justificar el rótulo de "la poesía argentina actual". Además estamos demasiado cerca de ella como para, poder verla con objetividad. Quizás el poeta argentino actual es un hombre al que nosotros todavía no hemos descubierto. Pero de todas maneras puedo dar nombres, los poetas que a mí me parecen más importantes. Pienso que en Buenos Aires está Guelman, y en el interior del país Pedroni y Armando Tejada Gómez a los que hemos conocido en Buenos Aires hace muy poco, y que me parecen excelentes poetas.

P.: Qué te parece la poesía de Borges?

A. C.: Creo que la poesía de Borges no se puede juzgar a solas, pues Borges es una totalidad. Hay un fenómeno, Borges, en el que está incluido su poesía, pero no pienso que la poesía de Borges sea realmente notable, separándola del todo Borges. Se puede interpretar más fácilmente la poesía de Pedroni o la poesía de un hombre joven como es Guelman que la poesía de Borges. Yo puedo juzgar a través de mis lecturas, pero hay una cantidad de poetas, que son muy buenos, que nosotros no conocemos, y que de golpe nos deslumbran apareciendo un día en Buenos Aires. Creo que Buenos Aires es en ese sentido, un medio cultural de cámara neumática. Se conoce muy poco de lo que pasa en el interior del país. Y sin embargo, la poesía mejor que ha venido a Buenos Aires ha venido siempre del interior.

P.: ¿Cuál te parece la novela más importante de los últimos 10 años?

A. C.: "Sobre Héroes y Tumbas", por supuesto.

P.: Entre los cuentistas, cuáles son para vos los más destacados?

A. C.: Borges, que es además el prosista más grande de la lengua castellana, Cortázar, y toda una generación de cuentistas jóvenes, que viene detrás, en la que yo tengo una profunda fe y que entre los nombres que yo podría hacer, estarían los de Costantini y entre los jóvenes, creo que la más destacada es Liliana Heker; cuando se conozca su libro ("Los que vieron la zarza") se van a dar cuenta por qué. Hay un cuentista muy singular que es Rozenmacher. Bueno, más que nombres, porque sería muy difícil nombrarlos a todos, pienso que se da un fenómeno del que ya hablamos: la inclusión de toda una generación de gente joven que narra y que escribe cuentos, y que los escribe muy bien, que configuran un fenómeno masivo.

P.: Qué significación y qué trascendencia le das a las revistas literarias que circulan actualmente?

A. C.: Creo que están profundamente vinculadas a esta última pregunta. Pienso que están marcando un fenómeno que en este país no se ha dado nunca: la inclusión de una juventud que va de los dieciocho a los treinta años en la República Argentina y la inclusión verdadera y real. Hombres que están haciendo las cosas ellos por sí mismos sin olvidar de ningún modo toda la enseñanza del pasado y sin tener esos esquemas grotescos de que la juventud debe romper todo y empezar a hacer todo de nuevo o que son algo así como los dioses esplendorosos que vienen a reformar el mundo.

P.: Qué te parece SETECIENTOSMONOS?

A. C.: Para juzgar realmente a SETECIENTOSMONOS me gustaría conocerla con más profundidad, es decir, esperar que la revista tenga una cantidad de números que ya la asienten como revista, puesto que es muy joven. Por eso pienso que lo fundamental que tiene SETECIENTOSMONOS, a mi juicio, es que parece que tiene aliento como para seguir saliendo, cosa que no ocurre en general. Cuando una revista llega a los cuatro números es porque parece que quiere seguir saliendo. Porque las revistas nuestras mueren al primero o al segundo número, y únicamente aquellas que han pasado de la media docena han perdurado.

P.: Qué impulsa a una persona a escribir?

A. C.: No sé, pero pienso que en principio es algo que no tiene nada que ver con ningún pensamiento anterior a ese, al hecho de escribir. Uno se da cuenta que escribe después que está escribiendo. Yo no recuerdo exactamente cómo me decidí a escribir, sé que elegí la literatura pero después de ya haber estado, de alguna manera, metido dentro de ella.

P.: Te parece que el teatro independiente está en decadencia?

A. C.: No. Creo que lo que tal vez esté en decadencia es el sistema que hasta ahora se ha empleado para hacer el teatro que hemos llamado independiente. El sistema, no el teatro, los actores son buenos o malos, valen más o menos. Pienso que la época del teatro independiente ha sido superada de alguna manera por la realidad.

P.: Hablando de cine: creés que el cine debe independizarse de la literatura.

A. C.: Sí. Pienso que sí. Creo que el único tipo de cine que existe es ése: en donde el director es a la vez el inventor de su obra. Porque de lo contrario es tan híbrido que no es literatura ni cine. Pienso que el director debe ser a la vez el que concibe, el que dirige y el que filma.

P.: Así realmente se va a conseguir una conjugación entre el autor y lo que quiere hacer?

A. C.: Ya se ha conseguido. El cine de Bergman, el cine de Antonioni, el cine de Fellini, creo que son un ejemplo muy claro de eso.

P.: Quién te parece el director argentino más honesto, en cuanto al cine que está haciendo?

A. C.: Creo que hay un hombre muy joven que es profundamente respetable y talentoso: Alventosa. Otro director lleno de posibilidades, es José Martínez Suárez. Pienso, además, que Murúa es uno de los hombres más serios que ha dado nuestro cine e incluso, también, nuestro teatro; y que Nilsson, evidentemente, es hasta el momento el artífice más lúcido del cine argentino. Creo que es el mayor de todos, pero no sé si es el que tiene más posibilidades. Porque Nilsson ya tiene una obra que lo ha circunscripto a una temática.

P.: Qué pensás de los concursos literarios en general?

A. C.: No sirven nada más que para que uno tenga a veces la satisfacción que recibe en la casa cuando la madre no se enoja mucho porque se dedica a la literatura.

P.: Y en particular?

A. C.: En particular, si son bien remunerados pueden servir para que el escritor pueda comer unos cuantos días más. Pero en general no sirven para nada, porque Kafka no ganó nunca un premio literario y eso no le impidió ser Kafka. Sirven como aliciente y en este momento, creo, son el único nudo de que un escritor joven pueda meterse un poco "de prepo" en la literatura, es decir, hacerse conocer les guste o no.



BEST SELLERS

a cargo de rubén radeff

- 1) LOS BURGUESES, de Silvina Bullrich (Sudamericana)
- 2) ELEONORA QUE NO LLEGABA, de Ada Donato (Emecé)
- 3) SOBRE HEROES Y TUMBAS, de Ernesto Sábato (Fabril)
- 4) LAS OTRAS PUERTAS, de Abelardo Castillo (Dávalos-Hernández)
- 5) FINAL DEL JUEGO, de Julio Cortázar (Sudamericana)
- 6) PRIMAVERA NEGRA, de Henry Miller (Santiago Rueda)
- 7) AMERICA AMERICA, de Elia Kazan (Cid)
- 8) LA CIUDAD Y LOS PERROS, de Vargas Llosa (Seix Barral)
- 9) EL MOMENTO DE LA VERDAD, de Ariel Bignami (Platina)
- 10) LOS BUSCADORES DE PRESTIGIO, de Vance Packard (EUDEBA)

Librerías consultadas.

ARIES - AUSTRAL - CIENCIA - LA MEDICA - ROSS.

todo esto

cuento
de Juan Carlos Martini



primer premio del concurso amigos del arte.
ilustró MELE BRUNIARD

Desde ese lugar no podía verse el camino, largo y solitario, que pretendía continuarse en la puerta abierta de la casa. La penumbra se oscurecía en la boca y en los ojos muy abiertos del hombre muerto, y envolvía la figura de Isabel que ya no gritaba; había caído en una forma grotesca y lloraba convulsivamente. Un brazo del hombre permanecía estirado hacia adelante y arriba, con la mano crispada, como sosteniendo un gran peso. Afuera, la mañana enorme se entretenía en el campo amarillento, donde a lo lejos, se notaban las primeras casas del pueblo, en el que seguramente no habían escuchado los gritos...

Por momentos, Leandro sólo recordaba las palabras de su hija después del almuerzo del día anterior: Pero viniste algunas noches, ¿verdad? Entonces le apretaba fuerte la mano y seguía caminando y tratando de no pensar.

Se levantó a las cinco. El viento estremecía las paredes y las puertas, produciendo sonidos extraños, melancólicos. Se calentó el café sin despertar a su mujer, pobre. Y tampoco a la mocosa; se fue sin besarlas pero pensando en ellas. Hacía mucho frío. Al rato de caminar comenzó a notarlo subiéndole por las piernas, penetrándole a través del saco de cuero marrón, pegándole en

la cara y cortándole los labios. Se sintió contento de haberlas dejado durmiendo. Pronto todo terminaría; si las cosas salían como él las había pensado, todo terminaría. Algún día nos vamos Isabel, le había dicho una vez; porque se había dado cuenta de que ella tenía los ojos cansados, oscurecidos por los días siempre iguales; porque vió que tenía la cara un poco ajada y las manos muy ásperas; porque había llegado la piba y sexto grado era muy poco. Todo eso valía mucho; más, tal vez, que los años duros del principio. Esos años que le habían permitido comprar la casa que, en otro tiempo, había sido el edificio principal de una estancia de varios miles de hectáreas. Más que la satisfacción de la primera cosecha de su tierra. Su tierra. Más que todo, sí, mucho más. Por eso una vez le había dicho que algún día se iban. Vendemos esto y nos vamos, pero dame tiempo. Que era igual que decirle que continuara esperando. Y ella le había contestado que no importaba, que no se preocupara, que ya llegaría el momento. Por eso Leandro no la despertó para que le calentara café; ni a la piba, que decía que ella iba a ser enfermera, como había visto en las revistas. No Isabel, no te voy a fallar.

Claro que lo hice premeditadamente. No me importó pensar en nada. Ella siempre me había gustado. Desde el primer día, cuando la ví salir a recibirnos, abrazando a la chica, me sentí atraído. No me acordé de Leandro. O sí, pero no quería acordarme. El bueno de Leandro. Es de esos hombres que se hacen agradables de inmediato, que entran en uno con facilidad, quizá porque son simples, sinceros, o un poco estúpidos, que sé yo. Cuando hace varios meses llegué al pueblo, él estaba esperándome. No lo ví enseguida, aunque estaba cerca. Me sentía extraño entre todo esto, no sé, me parecía demasiado chico, enormemente chico, el pueblo digo. No me acostumbraba a levantar tierra al caminar; el aire, entonces, era un aliento caluroso y húmedo, que se metía en los pensamientos. Sentía que mi mano sudaba exageradamente en torno a la manija de mi bolsón de cuero y necesitaba bañarme, hundirme en el agua, a pesar de que desde ya, la imaginaba tibia, un poco sucia. Miré a todos lados y lo ví. Estaba parado ahí, sin moverse casi, y le sonreí. Buen día, me dijo acercándose y alzando una mano hasta el ala del sombrero tal vez marrón o casi negro. Buen día, le dije. Me preguntó si yo era el maestro, ¿nocierto? Sí, le contesté, y nos apretamos las manos. Después caminamos un rato y Leandro me explicó que le habían encargado recibirme; que por otra parte tendría que vivir un tiempo en su casa, hasta que la escuela quedara terminada, y que a pesar de todo no va a quedar muy cómoda que digamos, pero que, en fin, yo sabía cómo eran estas cosas. Sí, le dije, ya lo sé.

Isabel estaba segura de que nuevamente esa noche, él vendría. Y se alisaba el cabello negro y largo delante del espejo que ya había dejado de usar. Deseaba que viniera. A pesar del miedo que le entraba por los oídos cuando le escuchaba decir: Soy capaz de cualquier cosa; a pesar de no poder decir que le gustaba, que él le gustaba; a pesar de no haberse preguntado porqué lo hacía, lo deseaba. Aunque Leandro regresase continuamente en sus pensamientos, aunque al lavar la ropa de Teresa se repitiese con insistencia que no, por la noche lo dejaría acos-

tar a su lado, y cuando la mano de él se detuviese en sus piernas o en sus pechos, sabía que iba a temblar, que iba a decirle que no, y que lo iba a besar en la boca con desesperación. También sabía que pasado mañana volvía Leandro.

— ¡Hierve el agua, mamá!

— Ya voy.

Durante algunos minutos, una calma incierta se extendió por la casa y se alargó en el campo. Sólo los ladridos discontinuos de los perros se atrevían agresivamente, a profanar ese silencio. Y sin embargo, eran los mismos ladridos, los de ayer, los de anteayer, los habituales. Y eran más que eso: un extraño símbolo que bien podía significarlo todo. Algo sólido, algo que podía plantarse y recogerse. Algo que ya era parte del seguir estando. Algo que también era campo, cielo largo, ombúes innoblemente poderosos. Y hasta un poco Teresa y Leandro y ella. Un poco todos. Un poco morir en cada uno y vivir muriendo.

— ¡Mamá, el agua!

— Voy, voy...

Ya llegaba. Se sentía nacer por dentro a medida que la casa se dibujaba con mayor nitidez en sus ojos. Ya llegaba y era muy distinto a regresar de la cosecha o del campo de los Funes. Ahora Teresa lo había visto y su voz le llegaba chillona y alegre:

— ¡Allá viene, allá viene papá!

Y por la puerta de la cocina apareció Isabel y de atrás de la casa, Alejandro, saludándolo con la mano. Y Teresa había corrido hasta él y lo besaba en toda la cara y se reía mucho y lloraba un poco.

Entonces todas esas palabras: cómo te fue, estás cansado, qué tal la ciudad, y vamos a comer que la comida se enfía.

— ...arreglé todo y viajamos dentro de quince días.

— ¿Pero papá, adónde va a ir Alejandro?

— También está solucionado: el hombre no tiene inconvenientes en que se quede acá hasta que terminen la escuela. ¿Qué le parece?

— Y... bien. Ya falta poco así que...

Siguieron hablando, contó contó, es fantástico ya van a ver, alguna novedad?, mi hermano está en cama y esta noche voy a ir a pasarla con Amalia así la acompaño, les dejo la comida hecha y..., yo te voy a llevar hasta allá así los veo, bueno Leandro.

Ya el cuerpo se enriquecía y ella permanecía ahí, llorando; y no recordaba, quizá, cuando Alejandro le decía: Por voz soy capaz de cualquier cosa, porque pensaba en las palabras de Teresa después del almuerzo del día anterior: Pero viniste algunas noches, ¿verdad? Porque yo te escuché hablando con ella... y de a ratos, en toda su vida, sin poder mirar la mañana luminosa, ni el campo perdiéndose en el día, ni nada.

Alejandro tiene frío. Está acostado pero no puede dormir. "Se van, Isabel se va". Se mueve nervioso en la cama. "Las cosas le salieron bien al tipo y se van". Busca a tientas en la oscuridad y recuerda que no ha traído el farol. Ni los cigarrillos. "Podría leer un rato...". "Tiene que haber alguna forma de im-

pedir que se la lleve". Se levanta y se pone un saco. "De paso puedo traerme un brasero". Y mientras camina lentamente, comienza a pensar que un brasero mal apagado produce... "¡No!" Encuentra los cigarrillos y busca un farol. "Ya me está poniendo nervioso esta oscuridad...". Sí, porque las cosas se dilatan y las paredes se alejan. "Unos días más y se habrán ido". Busca un farol pero sus manos tropiezan con el brasero que está junto al aparador grande. "Cómo podría...". Recuerda lo que dijo Leandro: dentro de quince días. "Con sólo méterse en la pieza...". Sin darse cuenta busca algo para encenderlo. "Cómo podría...". Ya lo ha preparado y se dirige hacia la habitación de Leandro. Está decidido.

Estaba sentado en el sillón-hamaca ubicado frente a la ventana que se abría a la noche, y su mirada se detenía en cada objeto, en cada mueble, y los recorría con decisión. Era la última vez.

Iba a llamarlo con cualquier excusa, y él vendría, caminando confiado por el pasillo oscuro. Ya casi abría la boca para hacerlo, cuando escuchó el ruido sordo que produjo la caída. Leandro se paró. Volvió a pasarse la lengua por la lastimadura que se había hecho al sacar la tapa del sótano, que estaba junto a su pieza. Después despertó a Teresa y salieron de la casa.



premios john f. kennedy de literatura

Instituidos por Esso S. A. Petrolera Argentina y con el nombre de JOHN F. KENNEDY, fueron adjudicados los premios de literatura; reservados para obras de novela, cuento, poesía y ensayos publicadas entre 1959 y 1963.

"Rayuela" de Julio Cortázar (el hombre que dijo al periodismo "que carece de complejo de inferioridad sudamericano") y "Bomarzo" de Manuel Mujica Láinez, que alguien sintetizó como "una biografía del giboso duque de Orsini reencarnado con sus aberraciones sexuales descriptas escatológicamente"; se dividieron el premio novela.

Ricardo Molinari recibió el premio poesía por *El Cielo de las Alondras* y de las Gaviotas.

En ensayo la recompensa fue repartida entre cuatro autores: H. A. Murena por *Homo Atomicus* (este crítico dijo de Dalmiro Sáenz que era un

"autor endeble" y que sus lectores eran "gentes que por deformaciones morales o indigencia espiritual necesitan comúnmente de la evasión y el excitante burdo que les brindan las historietas"), Angel Battistesa por José Hernández, Alberto M. Selas por Crónica Florida del Mestizaje de las Indias y Guillermo de Torre (en la actualidad ostenta el cargo de Agregado Cultural a la Embajada de España en la Argentina del "Régimen del Caudillo por la Gracia de Dios") por Tres conceptos de la Literatura Hispanoamericana.

Los integrantes de los jurados fueron: Roberto Giusti, Federico Peltzer y Nicolás Cócara en novela y cuento; Leonidas de Vedía, Jorge V. Lescano y Juan C. Ghiano en poesía y Victoria Ocampo y Jorge Max Rodhe en ensayo.

Los "premios petroleros" fueron de \$ 250.000 para cada género.

palabra entera

segundo premio del concurso amigos del arte.

ilustró MELE BRUNIARD.

Palabra Entera, ese era el nombre de la revista que Antonio Santos tenía entre sus manos y que cruzaba la parte superior de la tapa en forma oblicua, que más abajo, en forma horizontal, abarcando el ancho de la hoja, mostraba una frase que decía La Voz de la Verdad, y que arrojada con desprecio, con rabia, sobre la mesa del bar que lo había acogido en su humedad de día de lluvia, quedó quieta, con su mitología de títulos forzados. Isabel Sarli: el gran desnudo del cine nacional. Frondizi y los contratos petroleros.

**cuento
de
rodolfo
quebleen**



Menores drogadas en boite de Vicente López. Liz Cleopatra Taylor y su nuevo cancerbero. Comerciante multado por adulterar vino con anilinas. Eutanasia en Lanús. Operación quirúrgica ilegal termina con la vida de una fámula. Importante y conocido promotor comercial detenido por estafa. Importante y conocido promotor comercial detenido por estafa. Este título, uno más en el índice de *Palabra Entera*, había atraído intensamente, unos momentos antes, las pupilas de Antonio Santos, que no había comprado la revista por la fotografía del asesino acribillado a balazos que se exhibía en su

tapa, ni por la de Isabel Sarli, semidesnuda, de la contratapa. Importante y conocido promotor comercial detenido por estafa, y más abajo, con otro tipo de letra, Antonio Santos defraudó a docenas de pequeños inversores con un plan de venta de departamentos a construir, y una foto de Antonio Santos, algo borrosa, que alguien le dijo que había salido en la revista lo obligaron a Antonio Santos a comprarla y a refugiarse en el primer bar que apareció en su camino para buscar ese artículo y esa foto que habían aparecido varios días atrás y que habían obligado al Antonio Santos de la foto a amanecer dormido tranquilamente, definitivamente, cuatro días también atrás y que era Antonio Santos padre porque el Antonio Santos que continuaba viviendo, ahora no tenía necesidad de agregar la palabra hijo al final de la firma porque era el único Antonio Santos que quedaba vivo.

Una ginebra y un cigarrillo sirvieron para que el Antonio Santos que continuaba con vida acomodara algunas ideas en su cabeza y recordara cosas que habían sucedido, y sintiera, además de una gran pena, todo lo que se puede sentir por la muerte de un ser querido, y finalmente vibrara ante la injusticia de un montón de hechos y cosas porque sabía positivamente que el Antonio Santos que había terminado con su vida, era un hombre honesto, limpio, que no había defraudado a nadie, que no había estafado a nadie y que hubiera entregado los departamentos a los pequeños inversores, si las cosas no hubieran sido alteradas sin necesidad, por una investigación desordenada y si una revista llamada *Palabra Entera* no hubiera publicado ese artículo y esa foto que lo llenaron de horror y que le hicieron sentir una vergüenza aplastante y suicida.

Cuando las calles quedaron cubiertas por una alfombra resbaladiza, resabio de una lluvia insistente, Antonio Santos que ya no firmaba Antonio Santos hijo, pagó las cinco ginebras que había terminado bebiendo y salió del bar, alto, espigado, delgado, con una mirada indefinida, impersonal, en sus pupilas grises, y comenzó a caminar lentamente, porque todavía no había terminado de acomodar sus ideas porque siempre se interponía la figura del otro Antonio Santos, el suicida, y le hacía recordar un montón de cosas y también que había sido un hombre honesto, limpio, quizá un poco débil de carácter, pero incapaz de estafar a nadie y recordaba el título de *Palabra Entera*: Importante y conocido promotor comercial detenido por estafa, que era tan lujurioso, tan maligno, tan asqueroso, como el de la operación ilegal que había terminado con la vida de una menor o el del caso de eutanasia en Lanús o tan vilmente especulativo como el cuerpo semidesnudo de Isabel Sarli o el caso de Liz Cleopatra Taylor y su nuevo cancerbero, que deberían haber sido escritos por un ser gregario, cuyo valor humano era el peso de unas monedas y que al Antonio Santos muerto solamente lo podía superar con el coraje que lo impulsaba a escribir esas inmundicias que luego publicaba *Palabra Entera*.

Y el cuerpo alto, espigado, delgado, del Antonio Santos que vivía, llegó, caminando lentamente, hasta la casa donde cuatro días antes había amanecido dormido tranquilamente, definitivamente, el otro Antonio Santos, y con la misma lentitud de siempre entró y se dirigió al dormitorio en donde había amanecido definitivamente dormido el cuerpo de su padre, que estaba seguro que no utilizó el revólver calibre 38 que guardaba en su escritorio por miedo

a despertar a su madre o a su hermana y asustarlas, porque su esposa, que era la madre del Antonio Santos que vivía, había muerto hacía mucho tiempo y desde aquel entonces tan triste en sus recuerdos vivía con su único hijo que se llamaba igual que él, su madre y su hermana soltera, ya solterona, que todavía recordaba a John Gilbert y a Lewis Stone y leía únicamente novelas de Vicki Baum y Pearl Buck, pero a Antonio Santos hijo que ya no iba a firmar más así no le interesaba su tía solterona ni su abuela que tejía interminables chales, le interesaba únicamente ese otro Antonio Santos muerto que no tendría que haber dejado de vivir porque no había cometido ninguna defraudación ni ninguna estafa, y con su mismo paso lento, que a veces parecía cansado, fue al escritorio de su padre después de contemplar largamente el dormitorio donde había amanecido definitivamente dormido y buscó ese calibre 38, negro, bien lustrado y de empuñadura de nácar que no había sido usado y lo guardó en uno de los bolsillos de su impermeable y volvió a salir a la calle, que nuevamente estaba siendo cubierta por una capa de lluvia, espesa y lenta como su andar, y pensando que a veces las víctimas les deben parecer dioses terribles a los verdugos y pensando que eso lo había dicho alguien a quien él no recordaba y que no había contestado a su tía solterona cuando al salir lo vio y le preguntó a dónde iba con ese día y por qué no se quedaba a estudiar, siguió caminando en una dirección que lo llevaba a donde alguien se ocupaba de las menores que se dopaban y realizaban abortos y de los pechos exuberantes de Isabel Sarli y de los contratos petroleros firmados ilegalmente y mandaba a sacar fotos a los cadáveres de pandilleros acribillados a balazos por la policía y a los homosexuales y meretrices almacenados en las seccionales durante las redadas nocturnas y a promotores comerciales honestos que luego de verse fotografiados la vergüenza los agobia y no pueden esperar a ser sobeseídos y se adelantan al dictámen del juez acostándose a dormir definitivamente.

Palabra Entera. Redacción y Administración. La placa de bronce ahora mojada por la lluvia detiene el andar lento del Antonio Santos que sigue vi-
viendo y que a veces, al caminar, parece estar cansado. Sus pupilas grises se clavan en el bronce y después recorren la escalera embarrada, que a través de sus veintiocho escalones lleva hasta la redacción y administración de esa revista semanal que aparece avalada por el lema que dice que es la voz de la verdad, una voz tuberculosa, esclerosa, piensa Antonio Santos, porque ahora es solamente Antonio Santos sin la palabra hijo al final de la firma y comienza a subir lentamente la escalera de veintiocho escalones que lo enfrentará con el hombre que escribe sobre todas las cosas que suceden y que muchos no se atreven a decir pero que es necesario que se digan, que se sepan, porque cuando la verdad está en marcha es imposible de contener y se puede ir a muchas partes con la verdad, cosa que él no había dicho pero que sí, algo parecido, había escrito una vez Emilio Zola antes que naciera el Antonio Santos que se había suicidado y antes que nacieran Isabel Sarli y Arturo Frondizi y la gente fuera al cine a ver Favela o se dedicara a la política de autoabastecimiento en materia de petróleo.

Al llegar al final de la escalera oyó varias máquinas de escribir tecleando rápidamente, vomitando basura, mugre, pensó el Antonio Santos que conti-

nuaba con vida y que en parte le iba a ofrecer una primicia al jefe de redacción de *Palabra Entera*, que era palabra sucia, rota, agrietada.

— El secretario o jefe de redacción, por favor —dijo Antonio Santos cuando alguien dejó de escribir y le preguntó qué quería.

— En esa puerta— le respondió ese alguien que había dejado de teclear y después comenzó a teclear de nuevo.

Quizá está desnudando a algún capitalista de juego que no se dejó coimear o a un comisario coimero o a una niña de la aristocracia que anduvo tirando fetos por las letrinas de hoteles roñosos, pensó el Antonio Santos que vivía y llamó a la puerta que le habían indicado.

— Adelante— le respondió una voz y Antonio Santos se econtró frente a un hombre pequeño, algo obeso, que le hizo pensar que casi todos los atorrantes que había conocido en su vida eran petisos y gordos.

— Buenas— fue la respuesta de Antonio Santos.

— ¿Qué desea?— contestó el hombre petiso y algo obeso mientras se sentaba frente a una paquidérmica Royal que emergía entre un montón de papeles, un tintero vacío, una caja de lápices y un cortapapel largo, filoso, con un bajorrelieve en su hoja que representaba a don Quijote.

— Quisiera conocer algunos detalles sobre el caso de Antonio Santos —contestó tratando de no ponerse nervioso el Antonio Santos que vivía.

— ¿Antonio Santos?

— Sí. El constructor. El de la firma Santos, Cadeo y Cía., que después se suicidó.

— Ah, sí— y el hombre petiso y algo obeso tuvo que retroceder para recordar algo que ya no interesaba porque el hombre a quien se podía desnudar, desmenuzar, manosear, ya no existía y una cosa que no existe no es comercial—. El de la compañía constructora. Sí, lo recuerdo. ¿Qué desea saber?

— Algunas cosas que no se publicaron.

— Se publicó todo. No se ocultó nada. Nosotros publicamos siempre toda la verdad. No ocultamos nada —fue la respuesta del hombre pequeño y gordo que era el jefe de redacción de *Palabra Entera*. —¿Además, cómo sabe que se dejó de decir algo y si lo sabe por qué lo pregunta?

— Tengo ciertas dudas —contestó el Antonio Santos que vivía y la mano que guardaba en el bolsillo de su impermeable se cerró sobre la empuñadura de nácar de ese 38 negro y lustroso que imaginaba por qué no había utilizado su padre—. Puedo hablar con la persona que estuvo a cargo del asunto?

— Con ella está hablando, joven —respondió el hombre petiso y algo obeso—. Yo mismo me encargué de averiguar todos los detalles. Era un asunto algo vidrioso y quise investigarlo personalmente.

— ¿Y no omitió ningún detalle en la nota que escribió?— y la voz de Antonio Santos tembló un poco porque recordó al otro Antonio Santos que se había suicidado.

— No creo. Pero todo puede ser. Si hay algo interesante, algo que usted crea importante, de interés, estoy a sus órdenes. Lo escucho —y los ojos del hombre pequeño y algo obeso, brillaron con entusiasmo.

— Sí. Hay algo y es muy importante. Es lo más importante— y el Antonio Santos que vivía al decir esto sintió que un ligero temblor recorría todo su cuerpo.

— Bien, escucho— el hombre pequeño y algo obeso estaba apurado por el detalle que llenaría quizá media página y contribuiría a vender unos cuantos ejemplares extras.

— Lo más importante de este caso es la inocencia de Antonio Santos— y la voz del Antonio Santos que vivía fue dura, metálica, pesada, definitiva como la muerte del otro Antonio Santos.

— ¿Y usted qué sabe?— fue la contestación presurosa, algo inquieta, del jefe de redacción de *Palabra Entera*.

— Sé todo. Soy el hijo de Antonio Santos. Si hubiera mandado un fotógrafo a su entierro me hubiera visto retratado al lado del cajón, acompañando la inocencia de mi padre convertida en una vergüenza horrorosa, por culpa de toda esta mugre que nos rodea— y el 38 negro y lustroso, en la mano del Antonio Santos que seguía viviendo, giró en círculo cubriendo con su boca todas las cosas que los rodeaban.

— No lo comprendo en absoluto. Dígame qué quiere porque estoy muy ocupado— respondió el hombre pequeño y algo obeso que parecía que tenía serenidad suficiente para enfrentar la boca de un 38 negro y lustroso.

— En realidad no quiero nada; al contrario, vengo a ofrecerle una primicia a la revista, pero creo que, especialmente a usted le va costar un poco de trabajo aclararla— y el Antonio Santos que seguía viviendo se acercó a la ventana que estaba detrás del jefe de redacción de *Palabra Entera* y arrojó lejos, sobre un tejado amarillento, el 38 negro y lustroso que siempre había estado en su mano enfundada en un guante de cuero y tomó después, de la mesa del jefe de redacción, el cortapapel largo, filoso, con el bajorrelieve de don Quijote—. Solamente tiene sus impresiones digitales —agregó Antonio Santos porque ya no era Antonio Santos hijo y cuando el jefe de redacción de *Palabra Entera* se levantó de un salto con un gesto de asombro en el rostro, el Antonio Santos que hasta esos momentos vivía, luego de dar un grito estridente que obligó a todas las máquinas de escribir de la revista a detenerse, se doblaba en dos con el cortapapel hundido hasta la empuñadura en el abdomen, en forma oblicua, de abajo hacia arriba, que era la forma en que se lo hubiera clavado otra persona.



premios nacionales de poesía

La Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia dió a conocer los premios Nacionales de Poesía por el trienio 1961-1963 (Jurados: Angel Battistesa, Manuel M. Láinez, Leonidas de Vedia, Víctor L. Molinari y Carlos Masironardi).

Los premios fueron otorgados por unanimidad: el primero correspondió a Silvina Ocampo, el segundo a Alberto Girri y el tercero a Jorge Voces Lescano.

el hijo

cuento de carlos schork

premio mención del concurso amigos del arte.
ilustró MELE BRUNIARD.



Recién acaban de llegar. Los ví desde aquí, desde la ventana, cuando cruzaban la calle; porque venían por la vereda de enfrente, la de la panadería. Por lo general llegan a las cinco y media o a las seis y seguramente del mismo lugar, como todos los días, desde hace varios meses, desde que empezaron a ir a ese lugar, el que está en la otra cuadra. Cuando comenzó a venir con ese tal Gimenez, que tiene la cara picada de viruela y una cicatriz en la muñeca izquierda como de cuchillo y me dijo que era su nuevo amigo. "Su nuevo amigo". Muchas veces me preguntó: ¿cuánto le duran los amigos a Francisco? A lo sumo tres semanas, o menos y después ya tiene otro. Siempre termina haciéndoles alguna macana, y se enojan y no aparecen más. Como aquella vez con el Fideo, como le decían al arquero del equipo de ellos, que se cabreó con Francisco porque no le quiso hacer una gauchada con la novia. Pero esta vez parece que fuera distinto. Y eso es lo que me da rabia, porque el Gimenez tiene una cara jodida y no me gusta para nada el asunto de la cicatriz.

Hoy también vinieron con el paquete envuelto en papel blanco, lo que no pude ver, es quien lo traía, no me dejó el maldito humo de las fogaratas que hace el jubilado de la última pieza para entretenerse. Un día cada uno trae el paquete. Ayer le tocó al Giménez creo, y hoy le habrá tocado a Francisco. Lo que no me explico es de dónde saca la plata para comprarlas. Uno vez se lo pregunté y me gritó que él era grande para que le anduviera atrás. Ahora no me atrevo y antes que me conteste mal prefiero callarme.

Ya sé que cuando lleguen se van a sentar los dos a la mesa y van a tomar el mate que serví y también sé que Francisco se va a enojar y me va a decir que me preocupe más por mis cosas y que con él me meta lo menos posible. Pasa todos los días y ya no me hace nada. Como tampoco me hizo nada aquel día que llegó, Francisco digo, al bar de la Estación, donde yo lustraba zapatos y me dió vuelta la cara porque estaba con los amigos y sintió vergüenza porque les había mentido, diciéndoles que yo trabajaba en una fábrica.

Muchas veces intenté cambiarlo, pero no pude. Me gustaría que fuera como cuando iba al primario y le servía el desayuno por las mañanas para que Juana no tuviera que levantarse temprano y que él comprendía eso y me lo agradecía, cuando con el guardapolvo manchado de tinta se despedía desde la puerta gritándome, ¡Chau viejo! Pero todo cambió y ya no hay más, chau viejo, ni siquiera chau, me dice cuando sale.

No me siento más en la mesa con ellos, me quedo aquí parado y me hago el que escucho la radio y no le presto atención a lo que conversan, pero a veces, sin querer, entre cada sorbo de mate siento que Gimenez le comenta que lo van a ir a ver al fulano ese, que en una de esas acepta la representación y que sería bueno en el Luna Park.

Antes sí me sentaba con ellos, pero Francisco siempre se la pasaba reprendiéndome: que no hablara con la boca llena y que no hiciera ruido cuando masticaba, que era falta de educación. Hasta que un día, después que empezaron a llegar con los paquetes de facturas le pedí una media luna y me contestó que no les había alcanzado la plata y que las tenían justas. No vés —me dijo— cuatro para Gimenez y cuatro para mí. Y otras veces, cuando estamos solos y yo pronuncio alguna palabra mal, me dice que no sea bruto, que no se dice vedera sino ve-re-da y que voy a tener que ir un poco a la escuela que buena falta me hace y se ríe como un loco. Pero a mí todo eso no me hace un comino, yo lo quiero igual. Como cuando vivía su madre y los domingos por la tarde lo llevábamos a ver el fútbol. Esos sí que eran tiempos. Me acuerdo que tenía pantalones cortos y me pedía que lo levantara para ver el gol y yo estaba loco de la vida y Juana nos miraba y sonreía. Me ponía orgulloso si algún tipo de la tribuna me pedía que lo bajara. Ahora voy solo a la cancha y algunas veces me pongo triste cuando pienso en aquella época en que íbamos los tres. Pucha, me da una bronca todo eso. La culpa no la tiene él, la culpa es de los amigos que me lo están echando a perder.

Resulta que desde que lo conoce al Gimenez este, se le ha dado por el boxeo y yo qué le voy a decir. Que le van a llenar la cara de trompadas, que lo van a embromar para todo su vida. ¿Para qué?, si no me hace caso, me la tengo que aguantar. Como me la voy a tener que aguantar ahora, cuando llegue y no me salude o me diga cualquier macana de las que siempre dice. Pero

a mí lo que más me importa es tenerlo un poco en casa y que no pase lo del otro año, que se iba por la mañana temprano y volvía a la noche sin decirme ni siquiera adónde había estado.

Tal vez estén solamente unos minutos y después se manden a mudar o a lo mejor me grita que porqué lo estoy mirando y que si ví lo grande que está y que ya tiene pantalones largos y anda con mujeres y cualquier otra cosa.

Lo que más me extraña es que todavía no hayan llegado, posiblemente se han entretenido conversando con el jubilado en la puerta o tal vez en el pasillo con alguno del conventillo. Ya hace un buen rato que los ví cruzar la calle y venir para acá; tendrían que estar arriba.

El tiro sería conseguirle un buen empleo al Francisco, a lo mejor se dejaría de tantas macanas, porque yo me sacrificué para que tuviera un título y ahora no puedo seguir trabajando, estoy demasiado viejo para hacer los mangos que hacía antes y apenas, lo que gano, nos alcanza para comer y pagar la pieza.

Ahí están. Pero, ¿qué pasa? Gimenez le tira de la manga del saco como queriendo llevarlo a alguna parte y él me hace señas y me grita algo. No puedo escucharlo, tengo este maldito vidrio cerrado y por más que hago fuerzas no puedo abrirlo. Háce desde el verano que no lo muevo. Me sigue gritando y no sé cómo hacer para explicarle que no lo escucho, que no puedo abrir la ventana. Mis palabras pegan en el vidrio y se desparraman por toda la cocina y las de él se quedan en la calle mezcladas con el humo tan espeso. ¿Qué le sucederá? Me agita las manos y no sé si pensar que habrá pasado algo o es una nueva broma que me hace. Ahora se va. He levantado levemente los hombros y se ha ido con Gimenez, doblando la esquina, sin ni siquiera avisarme si esta noche volverá a comer. Qué humo molesto. Porque no se dejará de embromar el jubilado con el humo. Ni que se le hubiera ocurrido incendiar un árbol entero. Qué lástima que no lo puedo seguir viendo a Francisco, tal vez me estaba gritando alguna grosería; pero me gustaba verlo desde acá. La culpa la tiene ese humo negro que cada vez parece más fuerte y hasta me está dando ganas de toser.



escritores santafecinos

La novela "Una larga inútil memoria" de Jorge Vázquez Rossi recibió el primer premio del Jurado de la Asociación Santafesina de Escritores.

En cuento fue declarado desierto el primer premio, por considerarse que las obras presentadas no reunían méritos suficientes.



I

El rostro adusto y severo del señor Stock, reflejaba fielmente la ejemplar conducta del hombre que, ha sabido ganarse un puesto envidiable y la confianza de los superiores.

A costa de sacrificios, honradez y obsecuencia, había llegado a ser el Contador General de la repartición. Siempre recordaba el sencillo homenaje en el cual le habían entregado el nombramiento y la medalla de oro; esa medalla que siempre lucía en el bolsillo de su chaleco, y que de vez en cuanto tomaba entre sus manos para leer emocionado las escuetas palabras que tanto significaban para él:

"A nuestro fiel Stock, en sus treinta años de servicio".

Creía ver en ella su virtud materializada, el ideal máximo que aspiraba para sus hijos, y el placentero orgullo de su resignada esposa.

Posiblemente el señor Stock no era muy estimado por el resto del personal; él lo sabía perfectamente, pero ese detalle jamás le había importado; su experiencia, ya trentenaria, le había enseñado que el trato con los subordinados debía reducirse al mínimo. Estaba convencido de ello, y para destacar su autoridad, había estudiado la mejor forma de sentarse, de mirar y dirigirse a sus empleados.

Todas las mañanas, después de colgar en el viejísimo perchero su saco marrón, dejando al descubierto la gastada corbata a rayas, se calzaba sus anteojos circulares, y luego de carraspear dos o tres veces, pasaba revista con su severa mirada, tratando de infundir respeto entre sus fosilizados servidores. Luego, refugiado entre la mesa, los ficheros, sus carpetas, el pequeño almanaque, la sumadora y el reloj, comenzaba la cotidiana tarea.

Pero ese fin de mes no era igual a todos los demás; el tribunal de cuentas había dado un plazo para la rendición anual, y ese plazo vencía ese mismo día, esa misma tarde, ese treinta de julio de mil novecientos sesenta.

El señor Stock había sido siempre puntual en sus rendiciones de cuentas, jamás una observación, jamás un desliz; su intachable conducta era conocida por todos. Pero esa semana, la rotura de una máquina, la enfermedad de su mejor secretaria, y quizá algún otro detalle aún no individualizado, habían sido las causas de la grave demora.

El nerviosismo del señor Stock era evidente. Ese día no había hojeado como lo hacía habitualmente, su prolijo álbum en el cual coleccionaba con amor de filatelista, los pedacitos de cintas que arrojaban las calculadoras. Tampoco había manipuleado la inservible National para escuchar el impersonal ruido de las teclas gastadas, y ni siquiera había leído en voz alta, los acostumbrados párrafos que seleccionaba al azar de su voluminoso diccionario contable.

Estaba profundamente alterado, y su estado de ánimo llegaba a la desesperación cuando observaba al incomprensible Homero, que sentado en un rincón, hacía tildes y más tildes, luchando resignadamente con su avanzada miopía, con la enorme planilla tabulada, y con sus alucinantes pensamientos extracontables que le impedían concentrarse en el balance, haciendo que se confundieran sus palabras, sus ideas, y las frases que leía:

“Fecha, concepto, debe, haber, saldo”.

(Demare, sí, Demare, palabras en un idioma extranjero..., hay relación, ahora caigo...)

“Se acompaña recibo”

— Silencio!!

“Se acompaña recibo, se acompaña recibo...”

(Hoy a las veinte, má sí, que embromar... yo lo planto).

— Quién vió el sello?

(El sello, el sello, el séptimo sello, nadie habrá visto el séptimo sello, con toda seguridad... pero fíjense la cara de estos miserables...)

“Se acompaña recibo”. “Se acompaña recibo”...

— Qué le pasa Homero?

— Nada! Nada! Nada!... Nada, señor Stock (mente de trapo de piso...)

El señor Stock nunca había simpatizado con el pobre Homero, siempre le contrariaron sus ideas que consideraba absurdas y demasiado avanzadas para la época en que se vivía.

Aunque Homero era bastante disciplinado, jamás había hecho caso de los continuos consejos del señor Stock, cuando en los momentos libres solía decirle:

— Hágame caso Homero, no se deje influenciar por su apellido, no pierda el tiempo leyendo pavadas; instrúyase, aprenda contabilidad, réditos, administración de empresas. Dese cuenta que es la única forma de triunfar en la vida, de hacer dinero, de progresar, de ser respetado, fíjese en mí, Contador General, imíteme Homero, imíteme...

Homero nunca contestaba, apenas si solía mirarlo fijamente como si estudiase cada una de sus palabras. A veces intentaba decirle algo, pero luego se arrepentía, y como queriendo desahogarse, apretaba con fuerza el sello ya gas-

tado, leyendo después de cada movimiento las palabras que terminarían por obsesionarlo:

"Se acompaña recibo". "Se acompaña recibo"

Esa tarde, la magnitud del problema y la preocupación creciente del señor Stock, no habían provocado en Homero, la más mínima alteración en su flemática rutina; continuaba con sus tildes, callado, en lucha permanente con sus pensamientos, pero sin vivir la angustia de la oficina.

Pasaron las horas lentamente, hasta que las siete campanadas de la iglesia cercana se confundieron con el característico ruido de los cajones, que iban cerrándose uno tras otros, acompasadamente.

Homero tomó su abrigo y cuando se disponía a salir, la nerviosa voz de su jefe lo detuvo paralizando todo su cuerpo:

— Cómo Homero?, no se queda a hacer horas extras!!!...

— No señor, esta noche tengo cine club.

Su contestación fué natural y segura, y posiblemente no le importaron las consecuencias, porque después de saludar con todo respeto, cerró estrepitosamente la puerta y se alejó hacia el ascensor, contento de su libertad.

— Está despedido Homero!!! —alcanzó a gritarle el señor Stock, con todo el resentimiento acumulado esa tarde. Pero Homero no respondió; eso pareció enloquecerlo. Se encontraba impotente en la amplia oficina, con la compañía de las máquinas sin ruido, el pequeño almanaque gritando el vencimiento, la soledad de los escritorios vacíos, y la rendición de cuentas sin terminar.

Con la cabeza entre los brazos y rodeado de silenciosos expedientes comenzó a pensar en el futuro inmediato: sus amigos, sus hijos, su carrera administrativa... todo estaba terminado; todo era desolador para él. Pensó en huir, en quemar la oficina, y hasta en suicidarse. Luego sus ideas y remordimientos se fueron confundiendo cada vez más hasta que se encontró semidormido con una frase dándole vueltas en la cabeza:

"Está despedido Homero". "Está despedido Homero"...

II

Estaba sentado en una lujosa antesala desde hacía varias horas; en todos los rincones se veían los mismos bancos de hierro, vacíos algunos, con silenciosos cuerpos los demás. Todos los rostros reflejaban ansiedad y temor. El señor Stock, había perdido su altanera y vigilante mirada, y sólo se atrevía a observar con timidez infantil los abundantes adornos en forma de serpientes que pendían del barroco cielorraso.

Al escuchar su apellido por los altavoces, tomó el sombrero de pana gris que descansaba en sus temblorosas rodillas, y se dirigió rápidamente hacia donde le habían indicado. Un hombre delgado, que dijo llamarse Calypso, le salió al encuentro.

— Sígame —le susurró con voz cavernosa; y los dos se encaminaron por un tenebroso pasillo de paredes rocosas y calientes.

El señor Stock respiraba con agitación la incertidumbre de lo desconocido. —Parece un sueño! —comenzó a decir; pero luego dejó de pensar cuando su acompañante le dijo cortésmente:

— Es aquí, sírvase entrar —y le señaló una amplia puerta pintada de rojo, en cuyo dintel se podía leer:

"Tribunal de cuentas, a cada cual según su error y vida".

Penetró en la penumbra del amplio salón en cuyo centro se encontraba el lujoso escritorio del juez, iluminado suavemente por una lámpara de pie.

El señor Stock se acercó con recelo y cuando pudo observar detenidamente al magistrado, exclamó:

— Ud. aquí?!

— Sí señor Stock, soy el encargado de juzgarlo.

— Pero por qué ha elegido este lugar tan solitario y silencioso?

— Porque aquí puedo escribir en paz, señor Stock; escuche, es un párrafo de mi novela:

"...Se me parte el corazón
por el sabio Ulises, alejado
desde hace mucho tiempo de los suyos
en una isla azotada por las olas
en el centro del inmenso mar.

...Una Diosa, hija de Atlante,
retiene al infortunado..."

— Basta, basta!, por Dios, o por todos los infiernos!, no me torture más. Acabemos de una vez; qué castigo me corresponde?

— Como Ud. quiera, señor Stock —le respondió el juez con una sonrisa intrigante; luego tomó un arrugado pergamino y leyó:

— "Como quién, viviendo en un campo remoto y sin vecinos, oculta una brasa en la ceniza, para mantener vivo el fuego, y no tener que buscarlo lejos; así, tu estaréis condenado a... perdón, perdón, antes de leer el castigo definitivo, quisiera completar algunos datos sobre su persona, a fin de dar ecuanimidad a mi fallo. Dígame señor Stock, cuánto tiempo hace que ejerce su profesión?

— En honor a la verdad, más que profesión es un empleo, un apostolado. Comencé en 1930.

— Se rebeló alguna vez contra sus jefes?

— No, jamás!, cualquier cosa menos eso...

— Tuvo en algún momento iniciativas propias?

— Por favor!, el reglamento fue siempre sagrado para mí, nunca me he apartado de él.

El señor Stock, estaba convencido de su buen proceder, porque preguntó:

— Eso es un paliativo, verdad?

— Al contrario, insensato!; aquí las reglas son para cuando los cerebros se agotan.

— No entiendo...

— No importa, ya no es necesario; he completado su ficha. Escuche, voy a leerle sus castigos:

"Durante veintisiete días consecutivos estaréis condenado a escuchar permanentemente música de Bach; no leer otra cosa que no sean poemas de Neruda, y ver por lo menos, una película de Bergman, todos los días".

— Tenéis algo que pedir, señor Stock?

— Sí, clemencia, Homero!!!

III

Al día siguiente Homero fué reincorporado.



bibliográficas

por carmelina de castellanos



silvina bullrich

los burgueses

Silvina Bullrich ha obtenido éxito editorial con su última novela, aparecida en abril de este año y ya en su tercera edición.

Obra de lectura fácil, escrita en prosa directa y viva, tiene, además, la atracción, para el lector corriente, de mostrarle, por adentro, un mundo para él desconocido y familiar para la autora.

La ambientación, la presentación de los personajes, no estudiados en profundidad, pero observados minuciosamente en lo externo, es lo mejor hecho.

En cuanto se leen unas páginas, se siente alrededor a toda esa gente, que en la estancia "Las casuarinas", próxima a Bs. As., festeja los 90 años del abuelo Ezequiel y al mismo tiempo sus bodas de diamante.

No tenemos que esforzarnos mucho para imaginar a Justo, porteño permanentemente ubicado, por apellido y dinero, en los directorios de bancos y compañías; elegante e impersonal, que repite, incansablemente, los mismos actos y mantiene un "tipo" hasta en sus amantes: "Las cambiaba cada seis meses pero se las arreglaba para que cada una fuera lo más parecida posible a la anterior. Le pagaba la misma casa de modas, el mismo peinador, le regalaba la misma marca de auto, el mismo abrigo de pieles, la misma pulsera de oro, el mismo televisor. La convidaba con el mismo caviar, la misma langosta, el mismo champagne. Sería desconcertante para Justo ena-

morarse de una mujer que no pudiera comer o beber como las anteriores o que no deseara un visón".

También es real María Antonieta, viuda de uno de los hijos, "digna de su nombre, altiva y orgullosa". Su mérito consiste en ser impertinente: "Su impertinencia siempre le valió el aplauso de quienes la rodeaban. La familia no se cansa de citar que a fulano lo dejó blanco y al otro de oro y azul y al de más allá rojo como una guinda. Todo el arco iris no bastaría para describir el estado en que quedan los interlocutores de María Antonieta que osaron llevarle la contra". La autora tiene palabras exactas para hacer el retrato del muchacho joven que se ha dedicado a atender la estancia, que se siente orgulloso de su familia terrateniente, que afirma su derecho a ser dueño de ese campo y al mirar el asado que han hecho sus peones, y llevan triunfalmente al comedor, hace una observación mil veces repetida: "Esto no lo tienen los gringos". Dice de él: "Tu hermano llegó de bombachas, con su rastra ancha, de plata, donde sonaban las monedas y su facón; en el auto está la guitarra; es una cualidad, no lo niego y a mí me gusta la guitarra, pero por supuesto todo en él es previsible; es como un ombú, como un palo de acacia, como una tranquera, como un alambrado de siete hilos, tres de púas; es como todo lo que forma el tronco de los Barros".

Especiales aciertos tiene al pintar la incómoda situación de los parientes pobres, unidos al tronco, pero alejados de él por razones económicas. Invitados para este acontecimiento trascendental, están molestos porque saben que sobran y al mismo tiempo encantados de estar; deseos de salir en las fotografías de los diarios y las revistas para que puedan verlos los vecinos y los compañeros de oficina: "Un brillo esperanzado brilló en los ojos de los parientes pobres en el momento de sentarse a la mesa; a lo mejor les toca a ellos estar, no al lado, no pretendo tanto, pero cerca de los abuelos".

En la misma forma hábil está presentado el comedor, la mesa, los mucamos vestidos de rojo, el momento en que el mayordomo y cuatro peones entran los corderos asados, "por que es mejor comerlos allí, adentro, donde no hay mosquitos ni sol". Y los diálogos que se entablan durante la comida, los apartes para transmitir elegantemente el chisme, los grupos separados de hombres y mujeres, porque se mueven alrededor

de intereses distintos: "Elas hablaban de objetos, se arrojaban por encima de la mesa porcelanas, alfombras, sillones, soperas, grabados. Si todo eso se hubiera materializado habríamos muerto en pocos minutos bajo la avalancha".

Todo lo que es observación es correcto. La autora, que conoce el mundo que describe, evidencia condiciones de testigo inteligente y sutil.

Creemos, en cambio, que no hay nada en profundidad, nada que nos haga sufrir las tragedias individuales o colectivas de esas vidas reunidas allí. La clase que se derrumba en medio de un mundo ficticio, que carece de valores permanentes porque todo lo cifra en la superficialidad, no nos emociona. No sentimos la caída, la decadencia. Falta ese "algo" que trasmite Mujica Láínez en "La casa"; ese desgarramiento interno que se trasluce a través de su punzante crítica.

Y cuando la novelista quiere plantear su tesis, la diferencia que hay entre el abuelo Ezequiel, "aristócrata" y sus descendientes "burgueses", fracasa. Dice: "Ustedes no conocieron al abuelo, escribía versos y cuentos de fantasmas. Le gustaba el miedo". Y: "El abuelo ha vuelto a ser el de antes, el pintor que decía: el hecho de que uno herede un campo no significa que a uno le gusten las vacas". Con estos anuncios esperamos que en el racconto llegue la historia de ese abuelo Ezequiel donde se valore; donde aparezcan sus cualidades espirituales; donde se afirme su personalidad y donde se nos explique, qué fatalidad ineludible fue la causa de su frustración. Pero esta explicación no llega nunca. Nos enteramos, vagamente, de que "le gustaba pintar". Pero no se nos dice por qué no siguió esta vocación; qué adversidad se lo impidió. Aparte de que ejemplos evidentes nos enseñan que ni siquiera la miseria es capaz de atajar una vocación cuando realmente lo es, Ezequiel Barros tenía dinero como para realizarse si hubiera tenido ganas y condiciones. Sabemos, por otros comentarios que tuvo en París, "una condesa durante diez años, que la esposa sufrió mucho y que él gastó más de la cuenta". Hecho muy humano y muy comprensible, pero que lo ubica, simplemente, entre el montón de argentinos que se divertían en París. Para completar la historia, se nos cuenta que el hijo mayor, Ezequielito, al ver que se esfumaban las hectáreas con las que todos contaban para seguir viviendo bien, tomó la administración de los bienes y no permitió que el padre interviniera más. Y Ezequiel Barros, con sesenta años, se dejó mandar, controlar, vigilar. Después de este final nos preguntamos cuáles fueron las virtudes que lo distinguieron como "aristócrata"; y resolvemos que está muy bien allí, presidiendo esa mesa de seres vacíos, débiles, incapaces de entregarse con fervor a nada, de luchar por algo con fuerza.

La novela está relatada por un personaje que quiere presentarse como diferente a los demás, que desentona en ese círculo familiar. La autora ha dicho que lo presenta voluntariamente sin definir sexo ni profesión. En la página 19 (primera

edición) olvida su propósito al decir: "Venía bien pertrechada", etc. Al usar allí un participio, debía forzosamente denunciar el sexo. Pero dejando eso a un lado porque, con o sin participio, hay muchos detalles que denuncian a la mujer, las primeras reacciones de este personaje, su desencuentro con la hija, "esa Loreley que no se parecía a los Barros", nos hace esperar algún planteo que dé profundidad a la obra, que nos lleve a planos de interés general en los que no se aborde la simple crítica de un grupo social, en que se llegue más adentro. También en esto nos sentimos defraudados. La situación no se aclara. Loreley permanece indefinida. No se sabe bien qué es lo que se le reprocha. Porque el relator o relatora, en esos reproches se le mezclan los planos, confunde lo espiritual con lo externo. Le echa en cara a la hija que haya perdido su independencia de criterio, que haya entrado en la convención; pero con la misma acritud le reclama que use ropa barata, zapatos y medias ordinarios, corpiños que no forman bien. Le dice que "parece la feliz hija de un chacarero porque mece al bebé en los brazos". Y en algunas observaciones parece querer decir que la aristocracia consiste, en las mujeres, en saber vestir, en mantener aspecto fino y elegante; y en los hombres en saber darles ese tren de vida. "El abuelo Ezequiel vendió dos estancias y una casa de departamentos; pero la abuela no hubiera usado jamás ropa barata".

El personaje que habla es, sin duda, distinto a los demás; es capaz de mirarlos desde afuera y hacerles una crítica, a veces mordaz, desde su sitio un poco al margen. Pero tampoco se destaca como espiritualmente superior aunque a veces hace observaciones humanamente interesantes: "Dentro de un rato respiraré el aire puro, escucharé a los muchachos que desde los camiones me gritarán cosas". O: "Me divierto sin necesidad del pasatiempo porque el tiempo apenas me alcanza para estrechar contra el pecho esa plenitud del ser, esa seguridad de haber tocado la verdad con la mano". Pero se escapa a cada momento hacia la mentalidad que critica en conclusiones o apreciaciones; y esgrime otra clase de snobismo, no por diferente menos risible; cuando alude a su importancia como intelectual, a cómo su presencia es conocida por los fotógrafos; a su asistencia a congresos internacionales; a sus comidas con presidentes, etc. Usa, por cuenta propia, los lugares comunes que tanto vitupera en los otros, y con los que pensaba hacer un diccionario ayudada por la hija. Por ejemplo cuando se refiere al "granito de arena" que ha puesto para aliviar los males de otros o a "la mirada donde cabe un mundo".

Creemos, en resumen, que fracasa si quiso mostrar, en un planteo serio, las diferencias que, a su juicio, separan las virtudes de los aristócratas de antaño de la chatura de sus descendientes, "los burgueses".

Porqué si realmente esa diferencia existió, tuvo que estar fundamentada en valores espirituales antes que nada, en señorío interno, en forma

PRIMERA SERIE DE CHARLAS Y DEBATES



Q. E. P. D.

Setecientosmonos quiso hacer una primera serie de charlas y debates. Quisimos hacerla, claro. Y entonces invitamos a un montón de gente. Siempre se hace. Sobretudo nombres gruesos, como se dice, nombres que hagan fuerza y que inviten a concurrir a algo que promete. Nunca se sabe exactamente qué promete pero no importa. Por otro lado, es un escritor importante, claro, importante. Lo primero que debe suponerse de un escritor importante, es que además de eso, de ser importante decimos, sea también una persona seria. Sí, porque la seriedad es una condición necesaria para todo. Entonces organizamos la primera serie de charlas y debates. 'Dé Rosario invitamos, claro, a Ada Donato y a Jorge Riestra. De Buenos Aires a Abelardo Castillo, Dalmiro Sáenz y Marta Lynch. Cualquier cosa, pensamos.

Tampoco era cuestión de hacerlo en cualquier lado, no, y buscamos un local genial, con ruido de puertas electrónicas, grabadores, jarras con agua, mapa de la República y todo. Entonces llegó Castillo, sobre la hora, claro, y habló y dijo muchas cosas, y leyó otro montón, había ciento veinte personas. Estuvo muy bien y, bueno, esto va a ser un gol, dijimos. Sí, eso dijimos. Uno qué va a pensar que los escritores, además de ser importantes, además de ser serios, y además de escribir cosas, son también personas, seres humanos, argentinos (más que nada eso: argentinos) y que de pronto así, como quien un día se levanta con el izquierdo, te hablan desde Buenos Aires (léase Marta Lynch) y te plantan un no va más que quiere decir No puedo o algo parecido. Y Viegas, que es el señor atento que



nos había dicho cómo no y no se hagan ningún problema por el salón, ya puso cara seria y dijo Bueno, qué vamos a hacer con lamentarnos.

Entonces, claro, al diario y se ha suspendido por... Pero el otro sábado no falla, póngale la firma, se lo digo yo que hablé con Riestra. Y todo arreglado. El sábado Jorge Riestra, autor de... Pero Jorge Riestra, de pronto, así nomás, sin preguntar si nos parece bien ni nada, se mete en cama, desconecta el timbre, y nos dice No va a poder ser...

Entonces Viegas, ese señor que nos había parecido tan amable al principio, también dice que no puede ser, todos los dicen. Y bueno viejo, si no la arreglamos de alguna manera nos incendiaremos, hay que viajar a Buenos Aires, al reduto de los intelectuales ocupados, y conseguir algo, traer a alguien y conformar a Viegas y a Todoel mundo porque así no podemos seguir. De paso tenemos que sacar el tercer número, de bronca lo hacemos impreso, querés, y... qué se yo. No te la aguantás? Sí que me la aguento. Bueno, viejo, con todo lo sacamos. Y vamos a ver qué pasa. Con todo lo sacamos, impreso, el primer impreso que es el tercero y el cuarto, pero usted, lector, no se traume, no nos haga caso, deje que nos traumemos nosotros, que si al final Riestra no puede y Sáenz no sabe, usted no tiene la culpa, viejo.

de encarar la vida. Y eso no se refleja. Dice: "Admito que el hombre descienda del mono; pero que el mono descienda del hombre, me estremece. Cómo se las habían arreglado ustedes, los nietos de ese aristócrata con ribetes de intelectual y de bohemio para formar una burguesía tan pequeña, tan inclinada hacia lo mezquino, lo mediano, lo prudente? Una generación más y en esa generación estarán mis propios nietos y los veremos a todos comer ravioladas en las glorietas del balneario". Sigue confundiendo los planos. Decadencia de refinamiento y de buen gusto no significa, necesariamente, pérdida de valores importantes en el plano humano. Si el término "burgués" está dado como sinónimo de vulgaridad de comportamiento externo, es explicable

que estremezca la idea de comer raviolos en el Balneario. Si se le quiso dar un sentido más profundo, como sospechamos por declaraciones que la autora ha hecho en reportajes, falla el intento. Porque ese abuelo, cuyas virtudes patricias no alcanzamos a establecer, era igualmente "burgués", a nuestro criterio, cuando comía caviar con la condesa, en cualquier lugar elegante de París.

"Los burgueses", best-seller en este momento en nuestra ciudad, no creemos que pueda ubicarse dentro de la literatura argentina que trascenderá. Da un aspecto de ciertos grupos sociales, interesa, entretiene, pero no llega hondo como para inquietar.

diccionario biográfico de la literatura argentina



documento inédito

Nuestros redactores, en su incesante búsqueda por el Archivo General de la Nación, La Biblioteca Nacional, y el Archivo de Armas, en procura de documentos originales para el estudio revisionista de nuestra historia literaria, han dado, casi sin quererlo, con la copia manuscrita de un extraño Diccionario Biográfico de la Literatura Argentina, pie de imprenta Buenos Aires, Ed. Kappa, 1980, (imprenta López Ferro), que, a no dudarlo, escapó milagrosamente del afán poligráfico de D. Jorge Luis Borges, D. Augusto Cortázar y D. Angel Battistesa, precursores de la bibliografía en el país. El manuscrito, un in-folio en papel verjurado, presenta un estado lamentable al que han contribuido, en partes iguales, la humedad reinante en los sótanos del Archivo General de la Nación, la desidia de sus directores y la voracidad papelera de nuestras ratas. Creemos de mucha importancia dar a conocer a las actuales generaciones esta obra desconocida que nos revela la ubicación de sus autores respecto a los escritores argentinos de esa época. Desgraciadamente, faltando la portada, nos ha sido imposible la identificación de los mismos, aunque consultado el erudito Dr. Blas P. Argumendo y según el método analógico, es probable que haya sido obra de los bibliógrafos Gaspar Arrundain y Arturo Díaz Canseco, iniciadores de la primera bibliografía argentina de letras, que publicara, por 1960, la Biblioteca del Sesquicentenario. Los conceptos vertidos, por lo tanto, sólo pueden ser imputados a ellos y sólo a ellos.

LA REDACCIÓN

ARIAS, Abelardo. Nacido en Córdoba (10-VIII-1918), prestigioso escritor argentino, comparte con Jorge Luis Borges el decanato de los escritores bibliotecarios del país. Reformador de la técnica novelística. Su bautismo fue apadrinado por Gabriel del Mazzo. Su obra cumbre son sus relatos de viaje: "París-Roma, de lo visto y lo

tocado" (1954), donde describe las costumbres y usanzas de las mujeres de las dos grandes capitales europeas. El éxito de esta publicación lo llevó a realizar un segundo viaje donde profundizó los conocimientos de su primer libro: "De lo visto y lo tocado" escribiendo entonces: "De lo tocado a lo gustado" (1955), en el que Francia,

Suiza y Toscana le permitieron un mayor campo para su investigación.

De su tercer viaje a Europa (1957) invitado especialmente por Italia, Grecia, Suiza y Francia, volvió muy defraudado. No escribió ningún libro. Posteriormente integró el Consejo de Ancianos de una prestigiosa Sociedad de Escritores de la época (SADE). En 1976, la Asociación General de Autores de la Argentina premió su argumento para cine: "La viuda Estéril".

ARRIETA, Rafael Alberto. Poeta, crítico, bibliófilo, y gran creador de ficciones. En este campo, su obra maestra es la Historia de la literatura Argentina en la que logra emular a su admirado maestro Don Ricardo Rojas. Esta gran obra es la que ha puesto al descubierto una viva ingente cantidad de escritores que existieron en la protohistoria, prehistoria e historia de nuestra literatura. Colaboraron con él, Luis Emilio Soto, Carmelo Bonet, Enrique Dumas, etc.

Le cabe el honor de ser el único escritor argentino que goza de los beneficios de la jubilación, en virtud de proyecto especial aprobado en las Cámaras en 1904.

BIOY CASARES, Adolfo. Seudónimos: Martín Sastrú, H. Bustos Domecq, Adolfito, Fito. Uno de los más distinguidos y elegantes de nuestros escritores, en 1920, figuró conjuntamente con George Windsor, entre los cinco hombres mejores vestidos del mundo. Dedicó 10 años de intenso estudio a fin de lograr una acertada interpretación del poema "IF" de Rudyard Kipling. Su esposa, la destacada y patriótica Silvina Ocampo tomando el té con T. S. Elliot le escuchó decir: "Las élites del futuro diferirán en un aspecto importante de cualquiera otros que conocemos". Silvina Ocampo insiste en que estas graves y sesudas palabras se referían a la profunda influencia que Bioy Casares ha ejercido sobre la Literatura Argentina Contemporánea. El novelista está en plena producción y nadie es capaz de suponer (ni aún Ernesto Sábato, gran profeta de nuestra literatura) cual será su rumbo futuro.

BORGES, Jorge Luis: (en la intimidad Georgie). Un grave problema que se ha planteado a los críticos argentinos es determinar la nacionalidad de este ilustre escritor. Algunos opinan, sin mayores fundamentos, que ha nacido en Blackstone, condado de Yorkshire (Inglaterra), mientras que otros suponen haber encontrado pruebas convincentes de un supuesto origen suizo. Sin embargo, conclusiones más acertadas de críticos actuales permiten afirmar que es nativo de las islas Falkland. Otros, más aventuradamente, niegan la existencia real de este escritor. Sus biógrafos más autorizados reclaman para Borges el honor de haber sido el primer escritor inglés de nuestra literatura. Sus obras, hoy raramente accesibles, ocupan un lugar de privilegio en el British Museum. Se ha llegado a decir que después de Quevedo nadie ha manejado la lengua con tanta perfección como Jorge Luis Borges.

Fue candidato a senador por la Federación de los Partidos del Centro en 1970. Supo aunar a una profunda erudición una sutil dialéctica filosófica que le permitió corroborar las teorías de Averroes y desmentir las falacias del Obispo Berkeley. Bibliotecario por convicción rodeó a los lectores de la Biblioteca Nacional de las mayores comodidades. De la recordada invasión de ratas bibliófagas que se produjo en 1972 en la Biblioteca Nacional, solo quedaron indemnes sus obras completas, lo que demuestra que el juicio de la posteridad es inapelable. Iniciador del movimiento "altruista", según consta en la Enciclopedia Argentina de Santillán, renovó conjuntamente con César Tiempo, Leónidas Barletta y Elías Castelnuovo, todos los esquemas tradicionales de la literatura argentina. Se le atribuye, sin mayores fundamentos por otra parte, el décimo tercer capítulo de "Don Segundo Sombra" de Ricardo Güiraldes. En 1942, ganó por unanimidad el premio nacional de literatura por su interpretación de los "Cuentos Indostánicos". Nadie como él tradujo el sánscrito y comentó a Martín Fierro. Su amistad con Leopoldo Lugones sufrió muchos contrastes, pero terminaron por reconciliarse por intermedio de un muy apreciado amigo común y también gran escritor D. Manuel Gálvez. Una de sus últimas declaraciones demuestra la rara calidad de su modestia. Dijo: "No soy un escritor y no se que va a pasar cuando los demás se den cuenta". Según parece los demás han comenzado a darse cuenta. Su prestigio internacional fue coronado por el Premio Nobel de Literatura en 1979, que compartió con la destacada prosista de la lengua castellana Dra. Beatriz Guido.

NOTA ACLARATORIA: Dña. Beatriz Guido, luego de una sonada carrera literaria y cinematográfica que le permitió el lujo de una vida cómoda y desahogada, vió quebrantada su fortuna por la inopinada sentencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación que la obligó a pagar la suma de veinte millones de dólares como reparación a la ciudad de Rosario por los daños edilicios y estéticos que le infringiera su padre D. Angel Guido. Sobrellevó la pobreza heroicamente colaborando en el Consultorio Sentimental de "El Escarabajo de Oro", bajo el seudónimo de la Gran Berta.

CAPDEVILA, Arturo. Gran poeta, novelista, ensayista, cuentista, polígrafo, biógrafo, dramaturgo, historiador, profesor, médico y farmacéutico. Su nacimiento, como el de Roma a quien tanto amó, se pierde en el origen de los tiempos. De su vasta producción merecen señalarse Tambo Nuevo, La Casa de los Fantasmas, La Santa Furia del Padre Castañeda, y El Padre Castañeda, aquel de la Furia Santa. Pero aquella que es su obra maestra y que seguramente marcará un jalón en la historia de la cultura argentina es su originalísima: "Ciencia de la Nutrición", octavo mensaje prandiológico, donde realiza las confrontaciones entre sus principios y las leyes de la prandiológica en el hombre y en el animal. En esta obra, según el diario "La Prensa" del 13 de setiembre de 1964, Capdevila sostiene la tesis de que "el hombre actual ha establecido con la vaca una nueva dinastía zoológica", forjándose la llamada

"Civilización de la leche" que impuso determinadas características sociales, culturales y dietéticas a la humanidad. Estas osadas teorías fueron luego confirmadas por Puchulú, Pángaro y Pangloss.

CASTELLANOS, Luis Arturo: Imponderable crítico y profesor de la literatura. Cursó todos los grados de la docencia, sin dejar ni uno. Predicó desde la alta cátedra universitaria el evangelio de San Juan (de la Cruz). Sus discípulos se cuentan por millares. Aún hoy, gracias a sus esfuerzos, los niños repiten a coro los romances de Doña Urraca y de Bernaldo del Carpio. Denodado defensor de la lengua española, su madurez culminó con el prestigioso "Curso de Gramática Castellana" (edición príncipe 1924). En sus últimos años, una nefasta influencia torció sus buenas intenciones lingüísticas y se convirtió al voseo, checheo y titeo, no llegando a alcanzar el sillón de académico supernumerario de la Real Academia Española, anhelo último de todos sus esfuerzos. Entre sus obras merece citarse la original antiantología de la prosa española donde reúne la vasta producción de escritores como Carmelina de Castellanos, Graciela (Nené) Castellanos y Luis María el Joven.

CASTILLO, Abelardo. Extraño y último representante del romanticismo argentino, nacido en 1934. Mapó desde la cuna su amor a las letras (formó parte de una ilustre familia de escritores: hermano menor de Abelardo Arias y sobrino nieto de Abelardo Ramos) dedicó muchos de sus esfuerzos a mejorar sus condiciones literarias. Alcanzó notoriedad en 1958 con "Las Otras Puertas", cuentos, y con "Israfel", teatro, obra escrita en castellano y premiada por un Jurado Internacional integrado por Harol Laxness, Peppino de Filippo,

Yuri Gagarín y Juana Castro Ruz. En 1960 integró con Agosti y Portantiero el ala izquierda de la extrema derecha del neozquierdismo filomarxista, en abierta oposición al ala derecha de la izquierda del neoderchismo (hacia el centro) del marxismo filocubano formado por Liberman, Piglia y Liliana Heker. Su afición zootécnica lo llevó a la creación de "El Grillo de Papel", modesta tira cómica que desapareció a causa de un traspie político, siendo reemplazada por la opulenta, aurea y aburguesada revista "El Escarabajo de Oro". En 1966 presidió conjuntamente con Doña Cristina Correa Morales de Aparicio, la Asociación Pro Naciones Unidas "Ana María Berry". En 1970 heredó del Dr. Ernesto Sábató la cátedra de Marxismo Cristiano en la Universidad del Salvador y en 1972 expuso brillantemente en la Sorbona (confirmando las teorías del ilustre Alberto Gerchunoff) las doctrinas de Theillard de Chardin y de sus precursores americanos Vicente Fattone y Mde. Maffei.

Actualmente preside la Confederación General de Trabajadores Intelectuales de Vladibostock y la Sociedad Panamericana de Escritores Obreros de Georgetown (Ohio). En nuestro país no preside nada. Reputósele enemigo acérrimo del Signismo, movimiento literario neoclásico que funcionó muy desapercibidamente en la época bajo el lema: "Las palabras son cadáveres".

NOTA DE LA REDACCIÓN: En la imposibilidad de confirmar todos estos datos mediante el cotejo con documentos de la época, y como deferencia al único escritor aún vivo que figura en este diccionario, rogamos a nuestros desprevenidos lectores no abusar de esta información.

NOTA DE LA NOTA: Una última información nos da cuenta de la peregrinación que acaba de iniciar Abelardo Castillo, cayado en mano hacia la tumba del Gran Maestro de la Orden de los Inconciliables: Juan Pablo Sartre.

libros recientes

"REQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL" de Ramón Sender; editorial Proyección; Buenos Aires; 142 páginas.

Ramón Sender revive en este "Réquiem por un campesino español" las etapas de una tragedia que es a la par que histórica rigurosamente actual. Después de cinco lustros de paz (la paz de los sepulcros?) todavía el pueblo español mira al cielo "...España, la España virgen, aguarda aún el Día del Señor".

Completa el volumen un extenso y documentado prólogo sobre la vida, obra y pensamiento de Ramón Sender, escrito por Mair José Bernadette, del Brooklyn College, que sintetiza así su opinión sobre el autor "...Pero parece no haber duda de que la España del exilio tiene un escritor que se yergue por sobre la mediocridad y la confusión. Este hombre es Ramón Sender".

"SEIS PROBLEMAS PARA DON ISIDRO PARODI" de H. Bustos Domecq; editorial SUR; Buenos Aires, 1964; 124 páginas (2ª edición).

Agotada a los pocos meses de su aparición (1942), se reedita esta obra de H. Bustos Domecq; seudónimo adoptado por J. L. Borges y Adolfo Bioy Casares.

"EL MUNDO DEL SEXO" de Henry Miller; editorial SUR; Buenos Aires, 1964; 95 páginas (2ª edición).

Se lanza a la venta la segunda edición en versión castellana de Roberto Bixio.

"El esfuerzo por eliminar los aspectos repulsivos de la existencia, que es la obsesión de los moralistas —dice Miller—, no sólo es absurdo sino también fútil".

El libro de cuentos "Setenta veces siete", le valió a Dalmiro Sáenz el Segundo Premio Emecé 1957. Publicó posteriormente "No" y "Treinta Treinta", también cuentos; la novela corta "Hay hambre dentro de tu pan" y la obra de teatro "QWERTYUIOP".

En los próximos meses la editorial Emecé publicará su último trabajo, la novela "El pecado necesario", de la que estas páginas constituyen un anticipo.



el pecado necesario

capítulo

Oh feliz culpa

Oh pecado ciertamente necesario

(Cánticos del Sábado Santo)

Las cáscaras del huevo quedaron vacías sobre la mesa y la mayonesa dentro de la licuadora multiplicaba su volumen ante la mirada de Marcela. El teléfono sonó y ella le gritó a su marido desde la cocina:

— Vas vos?

Saá atravesó el living para atender y Marcela mantuvo su vista sobre el vaso de la licuadora. Después giró la llave para detenerla y el borde de la mayonesa descendió algo de su nivel mientras el remolino se diluía en una tranquila superficie apenas vulnerada por la punta de una cuchara que Marcela introdujo y subsanada al instante por la misma tenaz y amarilla superficie.

En el living ya no se oía el sonido del teléfono ni la voz de Saá, de manera que cuando ella apareció con los individuales y los cubiertos en las manos a poner la mesa, la frase que dijo sonó tan lógica como los platitos del pan y la jarra del agua que ella hubiera traído probablemente enseguida.

— Ya sirvo —había dicho y volvió a insistir —Ya sirvo —porque su marido no le había contestado. Entonces giró la cabeza y vio los ojos. Los ojos cansados y sin lágrimas mirando un punto cualquiera de la alfombra.

— Qué pasó? —le dijo muy suave, hincada a su lado junto al sillón mientras las manos abarcaban la cabeza, los hombros, los brazos, los fuertes brazos que tantas veces se habían flexionado y extendido llevando sus puños a un destino de dolor y de sangre, los brazos arbitrarios, poderosos, seguros de su eficiencia,

los brazos hechos para la lucha, para las armas, colgaban ahora inútiles en la nueva dimensión de su impotencia.

- Encontraron a Cecilio Fuentes con la cabeza destrozada en una zanja.
- Quién?
- El chico ese que te conté anoche.
- El de la chica, el del hospital?
- Sí.
- Pobre, qué espanto —dijo Marcela y él le pegó con la mano abierta sobre la cara.

Ahora se miraban los dos desde el asombro, ella en el suelo con la mano sobre el golpe ocultando ese ardor que crecía bajo su palma como si fuera el símbolo de una vergüenza muy antigua que retornaba, y él algo inclinado tratando de no mirar esa parte de esa parte de sí mismo.

- No me digas porqué lo hiciste, no debés saberlo —dijo ella sin levantarse, y él descendió hacia su mujer para reparar con suavidad la mano sobre la cara.

Ella recién entonces empezó a llorar.

Una hora más tarde Saá, con dos de sus hombres, descendían del coche en las afueras de Villa Trapo.

Villa Trapo está ahí frente a ellos. Es una Villa Miseria que mira a la ciudad que no la mira ni tampoco mira a sus habitantes, los variados individuos que incursionan en la madrugada penetrando en sus calles, en sus recovecos, en los lugares donde se amontonan los desperdicios y recogen los deshechos de sus géneros, de sus telas, de sus trapos, los girones multicolores de antiguas superficies que ya no abrigan ni decoran ni secan ni limpian ni rozan ni son rozados por un mundo que no presencia el final de sus tejidos, como no presencia el final de sus lápices ni de sus jabones ni de toda aquella materia cuyo final es la culminación de un desgaste que entorpece su función y cuyo fácil reemplazo acelera el proceso de su cambio de estado, de su muerte aparente, tan aparente como la muerte de sus dueños: los hombres, los que marchan, los artífices del tránsito, los que nunca se detienen en su camino hacia ese punto omega del final de su evolución.

Allí está Villa Trapo con sus casas amontonadas, apretadas codo con codo como soldados hostigados por un enemigo que pretende ignorar su propia guerra, un enemigo que se solaza contando las antenas de televisión que cada tanto surgen de la miseria, como un general contando las bajas o las deserciones del adversario, un enemigo que cree en la justicia de los códigos, en las leyes de la lógica, en la igualdad de las reglas de juego ante su adversario cuyo único juego es el de ocupar un lugar en el sol.

Ahí está Villa Trapo con sus mujeres inclinadas sobre los enormes tachos de agua jabonosa, lavando los trapos que después serán extendidos, puestos a secar, clasificados sobre esa superficie cubierta de colores y bajo una pelusa constante que flota sobre el aire como el símbolo de un eterno desgaste, como la aureola del roce y del movimiento, como la proyección bajo los cielos del polvo del esfuerzo sobre la tierra, como las migajas de un pasado, como la escoria del recuerdo.

Saá y sus hombres caminan por las calles arbitrarias que han quedado entre la arbitraria posición de las casas sobre el terreno. Avanzan decididos entre las miradas que a veces se levantan del agua jabonosa junto con algún

antebrazo parcialmente mojado que se elevará hasta la frente para despejarla del pelo cansado que cae sobre los ojos. Hay chicos también, casi todos descalzos, que caminan sobre la tierra ablandada por el agua en donde sus huellas permanecerán la porción de tiempo que se extiende de su paso, al de los otros pasos, los que superpondrán sus huellas sobre sus huellas en esa efímera y primaria manifestación de su existencia, como la firma al pie de un título de aquel que ha nacido dueño de la tierra.

Un perro se cruza en el camino de Saá. Es un perro blanco indiferente, acostumbrado a la herida corta de la agresión escasa. Todavía no es suficiente merecedor del odio. Se aparta de costado, sin gruñir pero sin soltar tampoco lo que lleva en su boca.

Al llegar a un punto uno de los hombres se aparta y Saá y el otro hombre siguen caminando. Después de un rato ambos ya no están sobre la calle, el primer hombre se dirige a la puerta de una casa, golpea aparatosamente y en su interior Mochila ha dado un salto hacia una silla, se pone un pantalón apresurado y abre despacio la ventana del fondo. Después se desliza hacia afuera para quedarse quieto, casi enseguida, al sentir la pistola de Saá sobre su nuca.

Las esposas se cierran alrededor de su muñeca y recién ahora ambos se miran. Están ahí los dos, en un escenario que parece la trastienda de un mundo que los espera, a ellos que todavía están en Villa Trapo, entre los hombres y las mujeres casi quietos, sin acercarse mayormente, agrupados en una forma imperceptible, sin hablarse. Las manos dentro de los tachos han detenido su accionar, algunas han emergido de la superficie gris y el jabón se va secando como escamas sobre la piel. Ya todo está quieto, el ritmo cansado de los movimientos se ha detenido, un hombre que venía de la canilla del agua con dos latas llenas se ha quedado parado en la mitad de su recorrido y ni siquiera baja las latas al suelo como temiendo a la responsabilidad de tener las manos libres mientras mira cómo los policías palpan de armas a Mochila que ya se ha puesto su sonrisa un poco de costado en el borde izquierdo de la boca.

Cuando Saá y su prisionero empiezan a caminar, un círculo indefinido parece rodearlos. Ya la tarde se ha inclinado bastante sobre las casas y la pelusa de los trapos entre los rayos oblicuos flota densa en el espacio, sobre los gestos detenidos que cuelgan de los brazos como jirones de un orgullo sin posibilidad ni perspectiva.

Entonces fue un bulón que cruzó el aire y golpeó con fuerza sobre una chapa cualquiera ni siquiera cerca de las cabezas. Fue un ruido arbitrario sin intención y sin destino, fue el desahogo de una mano, fue la órbita de la furia enloqueciendo por unos instantes las pelusas dóciles de los trapos y abriendo una brecha en el fatalismo de los espíritus.

Una mujer fue la primera, sus manos activas desde hacía rato en su subir y bajar sobre la tabla de lavar parecieron continuar el mecánico movimiento de su trabajo cuando empujó el tacho al centro de la calle por donde avanzaban los policías con el prisionero. Después fue otra dos casas más adelante, empujó su tacho hacia el centro de la calle y volvió a su lugar frente a su puerta con los hijos arremolinados en su pollera. Después fue otra y otra más y después otra y otra y otra y pronto el camino se fue convirtiendo en un mar de tachos apretados unos contra otros formando una superficie que ocupaba todo el ancho y el largo de la calle.

Cuando Sáa llegó a unos pocos metros de los primeros tachos ya sabía que a sus espaldas y en las bocacalles de los costados el bloqueo de los tachos se había extendido. La sonrisa de Mochila seguía colgando en los costados de su boca como desdeñando el dolor que la cadena que los esposaba producía cada vez más en su muñeca.

Ahora estaban parados los policías y Mochila como en una isla rodeada de agua gris y jabonosa. Diez años de policía le habían enseñado a Saá la prioridad de los gestos sobre las palabras. Entonces sacó la pistola de la sobaquera y corrió el cerrojo con lentitud como ejecutando un tedioso acto de rutina. Eligió uno cualquiera de los tachos, disparó sobre él y se quedó contemplando como el agua gris salía por el agujero mientras los primeros montículos de los trapos emergían de la superficie que descendía.

Todas las miradas se mantenían sobre el chorro curvo que caía empapando el orgullo, disolviendo la rebeldía, y cuando el segundo balazo agujereó el segundo tacho, ese instrumento de trabajo, ese artefacto de subsistencia, ese recipiente fundamental, volvió a ser el dios cotidiano ante el cual se resignarían inclinados con las manos sumergidas en esa agua de la vida del mismo color de los cielos precursores de las tormentas.

Entonces una mujer dió unos pasos hacia un tacho y penosamente empezó a arrastrarlo fuera de la calle, después fue otra y otra y otra más y las superficies jabonosas se agitaban como pequeños temporales sin importancia, como una furia casera que apenas desbordaba los tachos salpicando ese suelo apisonado con gotas de trabajo como un sudor o una sangre muy diluída.

Pronto la calle quedó libre y Saá avanzó con Mochila y los dos hombres. Al llegar a la esquina una voz muy joven les gritó a sus espaldas:

— Suelteló Jefe.

Y Mochila con la sonrisa en el costado de su boca se dió vuelta sin detener su marcha y levantó el brazo libre saludando mientras gritaba:

— Mañana vuelvo Beto.

— Pobre de ellos Mochila!

Cuando llegaron al coche Saá miró hacia atrás el paisaje quieto en la distancia, la miseria parecía un juguete abandonado en el fondo de una memoria, y allí adelante la ciudad, un horizonte creado por los hombres, esos hombres que todavía no eran polvo, cubiertos por ropas que todavía no eran trapos ni pelusas de trapo flotando sobre el polvo.

revistas recibidas

CUADERNOS

(Revista Mensual de América Latina) Nº 87 -
Agosto 1964 - París - Director: Germán
Arciniegas.

EL ESCARABAJO DE ORO

(Revista sospechosa) Año V - Nº 23-24 -
Septiembre 1964 - Buenos Aires. Director:
Abelardo Castillo.

PLANETA

(la primera revista de biblioteca) Nº 1 -
Editorial Sudamericana S. A. - Buenos Aires
Edición castellana de PLANETA; dirección:
Ricardo Gosseyn Director de la edición
francesa: Louis Pauwels.

El equipo de Planeta comparte el pensamiento de Buffon, que se atrevió a escribir: "El espíritu humano crece a medida que el universo se desarrolla. El hombre, pues, puede y debe intentarlo todo".

André De Cayeux (profesor de la Sorbona)

jean - paul sartre

PREMIO NOBEL 1964

por nicolás rosa



Jean-Paul Sartre acaba de ganar el Premio Nobel, acaba de rechazarlo. Tal actitud ha determinado numerosos comentarios. La prensa de recha, como la izquierda, aún la prensa "blanca", se hacen eco de esto hecho. Sartre sigue siendo noticia. Pero un balance mesurado de esta actitud exigiría conocer la carta prometida por Sartre donde expondrá, completas, las razones que lo han llevado a rehusar este premio. Las primeras declaraciones dejan entrever que, en su situación actual, aceptar el Premio Nobel significaría para él una toma de posición que no está dispuesto a hacer. Ha dicho también, certeramente, que la realidad histórica del Premio Nobel, fuera de lo que el premio significa de por sí, implica un compromiso con la realidad occidental, muy discutible desde el punto de vista sartriano.

Hace muy pocos días en una entrevista televisiva, Ernesto Sábato señaló los incuestionables méritos de Sartre para tal distinción, pero al mismo tiempo expresó su asombro ante el rechazo, entendiendo que un premio se confiere y por lo tanto no compromete al que lo recibe sino al que lo da. Evidentemente Ernesto Sábato no tuvo en cuenta en ese momento la continuada conducta de Sartre a través de veinte años de ejercicio de la literatura, la crítica y la política, en el convulsionado mundo de hoy. Sobre los sesenta años, Sartre ha comenzado a escribir sus memorias, siguiendo el camino emprendido por Simone de Beauvoir, con la lucidez sorprendente que lo ha acompañado en todo momento. Quedan atrás disputas ideológicas, éxitos literarios, desencuentros. Una mente como la de Sartre no envejece a los sesenta años, pero tal vez mañana sea demasiado tarde para poder recuperar, en lo vivo, todo ese pasado que es parte de la historia del siglo veinte. Creemos, sin falsa solemnidad, que su vida es una de las experiencias intelectuales más ricas de nuestros tiempos.

Cuando en 1940, la situación del mundo y en particular la de Francia, obligó a los intelectuales burgueses a tomar una posición, se encontraron unidos en la misma línea nombres ya

tan importantes como los de Malraux, Koestler, Camus y Sartre. Francia sometida a los alemanes, los franceses organizaron la Resistencia con los intelectuales a la cabeza. Estos procedían de la misma clase social, poseían la misma cultura, tenían la misma línea. En 1943, la Liberación trajo consigo la esperanza de una verdadera revolución para Francia, pero la guerra no había terminado. Había que seguir esperando en medio del odio que sublevaba las conciencias honestas por los crímenes nazis, en medio de la Francia exhausta y desequilibrada, en medio de los problemas políticos y económicos que afrontaba el gobierno de París. Poco después, la bomba de Hiroshima. El mundo se miró con sorpresa y comenzó a dudar. El triunfo costaba caro. Una conciencia lúcida ya no podía establecer, ingenuamente, una dicotomía abismal entre los que representaban el Mal y los que poseían el Bien. El panorama se complicaba para los intelectuales franceses. Pretendían abarcar todos los problemas que los preocupaban. Los juicios a los colaboracionistas comenzaron a dividirlos. En 1946 la figura de de Gaulle ha dejado de ser el héroe de la Resistencia para convertirse en un personaje político siniestro a ojos de muchos franceses. El Partido Comunista francés, tan importante en la época como el auge de las relaciones franco-soviéticas a consecuencia de la guerra, comenzó a perder posiciones y la derecha asumió la preponderancia de la conducción política. Los intelectuales, volcados súbitamente ante los problemas de su propia patria, comprenden la necesidad de unir la acción a la teoría. Tal vez, recién ahora; comprendamos la importancia de la actitud asumida por Sartre en ese momento. Un escritor, como lo era Sartre, formado a la antigua, con el convencimiento de que la soledad era la mejor apoyatura de su talento, a la manera de Balzac o de Stendhal, debió sufrir una violenta colisión en su propia intimidad. Del choque, salió un nuevo Sartre preocupado por la realidad circundante y totalmente convencido de que sólo la praxis puede salvar al hombre contemporáneo. No sólo es su obligación, declara, sino su úni-

ca posibilidad. En este nuevo camino, espinoso como ningún otro, marchará sólo, convencido, triste, sin poder arrojar nunca el último lastre de una pasividad congénita a su propia intelectualidad, pero nunca más lúcido. Ni los comunistas ni la derecha lo dejarán tranquilo. Perderá en el camino, uno a uno, todos sus amigos, aquellos con los que había compartido su juventud. Raymond Aron y Ollivier se volcarán a la derecha, hasta caer en el degaullismo. De Camus, a quien estimó por sobre todos, lo separará la amarga polémica de 1952. Con Merleau-Ponty, muerto en 1955 tenía fuertes disidencias ideológicas. "Tiempos Modernos" señaló y señala toda la actividad política y literaria de estos últimos veinte años: mirador lúcido, a veces áspero, de los acontecimientos más importantes que han conmovido al mundo desde la intervención norteamericana en la guerra china, la farsa de Chian Kai Shek, hasta los campos de deportación soviéticos. Nada escapa a su registro. Donde aflora la injusticia ahí está el dedo de Sartre para señalarla. No adhiere nunca totalmente a los principios de la filosofía marxista. Su negativo existencialismo del año 40 dejaba una puerta abierta a la conciliación, tanto filosófica como política. Lefebvre en un libro mediocre, trató de disminuir la capacidad filosófica de Sartre, pretendiendo que éste perdía su tiempo en demostrar en "El ser y la nada", cosas que para un marxista estaban sobrentendidas, pues negaba toda filosofía de la historia. Neville, en la famosa polémica entre existencialismo y humanismo, lo acusó de idealismo. Hervé, en Acción y en los Cuadernos de Acción, lo sacudía a diario con sus notas acervadas. Es verdad, Sartre mismo lo ha reconocido, que la intuición de su historicismo fue una adquisición posterior. Cuando en su famoso ensayo sobre "Qué es la literatura" esboza su idea del compromiso, Sartre se ve abocado a la necesidad de conectar sus teorías con su propia vida. Tenía ahora su propio compromiso. De inmediato se vuelca de lleno a la acción política y funda la Unión Democrática Revolucionaria, que consigue la adhesión de unos pocos intelectuales y la de ningún obrero. El fracaso le permite darse cuenta de dos premisas fundamentales sobre las cuales debía asentar su acción futura: primero, que un verdadero intelectual tiene en sus manos un medio mucho más valioso que la política para hacer efectiva su responsabilidad ante el mundo: su pensamiento, y segundo, la necesidad de someter a una revisión ese mismo pensamiento. Es entonces cuando se ve precisado a confrontar la dialéctica con la historia, la moral y la praxis, con la esperanza de concebir una síntesis del "Hacer" y del "Ser" donde se mantuvieran los valores éticos. Sartre se enfrenta a Marx y su existencialismo sale ganancioso de este enfrentamiento. Su primitiva doctrina existencial cobra un sentido dialéctico y reivindica el concepto de lo "concreto histórico", fundamental apor-

tación del marxismo al campo de la filosofía. El comunismo ortodoxo negó, por lo menos en aquella época, toda vinculación con el existencialismo. Sartre en "Materialismo y Revolución" ponía en tela de juicio la idea de una dialéctica de la naturaleza; era inadmisible dentro de su pensamiento la teoría de la "Causalidad Marxista", pues para Sartre la "revolución" exigía necesariamente la idea de "libertad". Artísticamente Sartre rechazaba, en forma violenta, la "emoción virtuosa" a que lo condenaba la ingenua estética del realismo socialista. Para él, su literatura, de acuerdo a postulados fenomenológicos, debía ser una descripción crítica de la realidad. Por otra parte su rechazo de la política staliniana, que consideraba incompatible con el ejercicio honesto de la literatura, le impedía todo contacto fructífero con los comunistas. Ha corrido mucha agua bajo el puente. Hoy día, Sartre, asumiendo un relativismo histórico objetivo esta mucho más próximo de la praxis soviética, y los nuevos marxistas, en una visión más amplia de la concepción dialéctica, posibilitan un entendimiento concreto. Es evidente que ambas posiciones se han fecundado mutuamente. El existencialismo ha aportado toda una nueva psicología humana y una nueva metafísica del hombre, llenando una de las lagunas más visibles del marxismo: el problema de las relaciones humanas, es decir fundamentando una ética.

Cuando Sartre decía: "nuestra libertad de hoy sólo es la libre elección de luchar para ser más adelante libres", ponía en evidencia el carácter paradójico de la condición histórica y estaba en camino de su actual elección.

Frente a los problemas de España, Grecia y China y a la política Norteamericana, no había duda posible: era necesario apoyar a la Unión Soviética. Pero Sartre no podía optar sin reservas: un macabro telón de fondo oscurecía la política de Stalin. Era necesario ser lúcido, aún a costa de quedarse solo. Reconoce que el socialismo es el único movimiento actual que concibe al hombre históricamente, como haciéndose a sí mismo, pero no duda en señalar los métodos policiales de Rusia, si éstos comprometen al socialismo. Vigía permanente, vive acosado por aprehender la verdadera realidad de la justicia, aún en su contingencia histórica. Es él mismo la historia, haciéndose. Camus quedará muy lejos con su moralismo abstracto, su fácil hipotación de la Rebelión y el Héroe, instancias ideales que no admiten correlatos con la realidad. Camus postuló una rebelión nebulosa y conclusa sobre sí misma.

También vigía permanente de sí mismo, Sartre, terminará por reconocer en "Los Comunistas y la Paz", y aún en la contestación a Camus, el error de haber pretendido resolver el conflicto sin sobrepasarse a sí mismo, preveía una exacta ubicación personal. Se reconoce como lo que es: un intelectual burgués, con todas sus implicaciones, que cree en el destino socialis-



A la dirección de Setecientosmonos:

Cuando una persona compra una revista literaria, es porque considera o cree que detrás del papel impreso existe un grupo de personas responsables que hacen literatura. O que por lo menos, está tratando de hacerla.

Este es el motivo por el cual he comprado vuestra revista y, en parte también, el origen de la presente.

Al cabo de haber recorrido sus páginas, si bien se demuestra que el esfuerzo es serio y respetuoso, nos encontramos con un saldo negativo en lo que hace a la utilización del idioma como medio esencial de entendimiento.

Pienso que si, en alguna medida, se pretende hacer literatura y llegar al lector, se debe, asimismo, valorar el idioma y bregar por un mantenimiento eficaz de sus cualidades originales.

Por ello es ineludible, velar por una purificación necesaria y un podamiento general de expresiones surgidas de la utilización regional del lenguaje y del lunfardo, que indefectiblemente, se ven incorporadas, a diario, en nuestro vocabulario.

Todo eso nos llega, cuando una revista literaria, hecha por gente joven, incluye aberraciones estilísticas del tipo de: "Dale sonsa", "Vos no te aflijás", "Vos sabías Rafael", entre otras muchas.

La Academia no es ajena a este problema y se halla abocada en forma ejemplar, al tratamiento y solución del mismo. Un hecho con-

ta del mundo. Es evidente que Sartre ha ido reduciendo, modestamente, el calibre de sus verdades. Cada vez más pequeñas pero cada vez más verdaderas. Tildado de ambiguo, no es sino un hombre responsable de su destino y por lo tanto del destino del mundo. Acusado de contradictorio, no es sino un hombre solo y lúcido frente a la realidad múltiple y compleja. Nada ni nadie, en la medida de la libertad del hombre, le ha obligado a tomar una posición que no creía de acuerdo a sus principios, no como

una reivindicación romántica del individualismo a ultranza sino como criterio objetivo para precisar la realidad en su propio terreno. En Sartre hay una conducta coherente. Sus cambios de opinión responden a un cambio de estructura mental y a la modificación de la realidad histórica, pero siempre dentro de una misma línea consecuente. ¿Podemos decir lo mismo de Malraux, aún de Camus? ¿Podemos decir que es contradictoria su actitud frente al Premio Nobel? No lo creo.

creto y significativo está dado en la sugerencia para que ya desde la escuela primaria se aplique correctamente, nuestro auténtico idioma.

Es de aguardar que los jóvenes recapaciten y apoyen esta labor constructiva y altruista.

María de las Nieves Azuloaga
maestra normal

che...

Vamos a puntualizar dos o tres cosas. Primero: entrar a contestar su carta en forma ordenada, rebatiendo punto por punto cada uno de sus argumentos en función de una fundamentación profunda, sería darle demasiada importancia a un asunto que por lo absurdo de sus pretensiones no merece considerarse. Segundo: lo que si creemos, y con mucha seriedad, es que las personas que piensan de esa forma, son escasas (por no decir dos o tres); haciéndonos suponer además, que sus ocupaciones no deben ser muy activas que digamos. Tercero: con carácter definitivo, que SETECIENTOSMONOS asume con todo vigor la defensa incondicional de nuestro idioma, porque consideramos que, de otra forma, sería aceptar que estamos muy lejos de llegar a una conducta y a una conciencia nacional; lo que por otra parte, no es cierto, serio, sostenible ni sincero.

Por eso, creemos que un grupo de hombres por no decidirse a aceptar definitivamente los beneficios de la jubilación, se ha reunido en un lugar melancólico y lejano del bullicio molesto de la realidad (léase ACADEMIA). Estos señores se dedican con un fervor envidiable, monástico, al asesinato de los elementos más apreciables de nuestro modo de expresión (que son apreciables justamente porque son nuestros, indispensables, y auténticos). Elementos que de alguna manera contribuyen a nuestra propia definición, a nuestra idiosincracia de pueblo latinoamericano año 1964; y no a nuestra condición de residuos de colonia hispanizada (siglo XIX, elija el año que más le guste).

Resumiendo: consideramos poco noble (nada noble), negar algo que, se sabe, atenta contra la poca sinceridad que nos caracteriza. Por eso, hoy, acá, bien grande, SETECIENTOSMONOS dice bien fuerte CHE, que es nuestro, que es verdad, que no podemos tratar vergonzosamente de esconder como algo sin valor. Y lo repetimos, bien claro, con toda la boca, estamos con el CHE. Y a otra cosa.

jcm

noviembre/64

librería y editorial

LA MEDICA

- ciencia y literatura -

los burgueses, por s. bullrich.
eleonora que no llegaba, por a.
donato
sobre héroes y tumbas, por e. sá-
bato
las otras puertas, por a. castillo

córdoba 2901 - t. e. 39-7858

LIBRERIA

AUSTRAL

ARQUITECTURA

ARTE

LIBROS

Y

REVISTAS

NACIONALES

Y

EXTRANJEROS

CREDITOS

Santa Fe 996 - t. e. 40767

aries librería

pinturas
dibujos
grabados
cerámicas

santa fe 1420
t. e. 64835

ZAMBRUNI y CIA.SA.

Urquiza 2512/16 - Rosario

hugo scuderi & cia.

S. R. L.

**BULONES - TUERCAS - ARANDELAS
REMACHES DE HIERRO**

Santa Fe 2525

T. E. 69752

Rosario

matafuegos Drago s.a.c.i.f.

SUCURSAL ROSARIO

SAN LORENZO 2528

R O S A R I O

T. E. 38-9126

CASA CENTRAL

AYACUCHO 1045 - Bs. As.

T. E. 44-8885-8571

ESTELA FERNANDEZ

ARMANDO DI LEO LIRA

PASCUAL PEREZ e HIJOS S. R. L.

Capital \$ 440.000.—

**CAMAS MODERNAS EN TODOS LOS ESTILOS
FABRICA DE COLCHONES PULLMAN Y DE LANA**

**Sarmiento y San Luis
T. E. 63879 - Rosario**



Galería Libertad - Local 26 — T. E. 66900 — Rosario

URIBARRI S.A.C.I.

"LA - GA "

COMERCIAL
COLECTIVA
FINANCIERA

N. 110 - 594 -



OXFORD
UNIVERSITY PRESS



Ahorcado, grabado en madera
por Leonardo Baskin